

UNIDAD

Alvaro Ulcué

Edición n°7

Revista del Consejo Regional Indígena del Cauca - CRIC | Año 2022 | Popayán, Cauca, Colombia

*Las luchas dentro
de la lucha*



UNIDAD
Alvaro Ulcué

Escribenos a nuestro correo : unidadalvaroulcue@cric-colombia.org

The image features a dark, textured background with silhouettes of several people wearing various styles of hats, including fedoras and wide-brimmed hats. The silhouettes are positioned in the lower half of the frame, facing right. In the upper right corner, the word "UNIDAD" is written in a bold, white, sans-serif font. Below it, the name "Alvaro Ulcué" is written in a smaller, white, sans-serif font. The overall mood is somber and contemplative.

UNIDAD

Alvaro Ulcué

*Las luchas dentro
de la lucha*

Revista Unidad Alvaro Ulcué

Séptima Edición - 2022

ISSN: 2745-2557

Aporte solidario: \$10.000



Una publicación del Consejo Regional
Indígena del Cauca - CRIC

Calle 1 No. 4-50
Popayán - Cauca - Colombia
www.cric-colombia.org
comunicaciones@cric-colombia.org
Teléfonos (+57)8242594 - 8242153

Programa de comunicaciones
Harold Secue Pasu
Coordinador

Equipo editorial:
Colectivos de comunicaciones
Red AMCIC - CRIC
Lid Natalia Fernández Hormiga
Lucy Fernández Mestizo
Harold Secue Pasu
Martín Vidal
Manuel Silva-Ferrer

Autores y autoras:
Anabel Largo Cupaque
Andrea Gomajoa
Antonio Palechor Arévalo
Arles Yulian Calambás Tenebuel
Daniela Soto Pito
Daniel Campo Palacios
Davelly Rivera
Diana Collazos Cayapu
Eliana Guetio
Eliana Marcela Sánchez Anacona
Mabel Salas
María Nebura
Melizza Quinayás
Néstor Javier Muelas Calambás
Ronald Melenge Meneses
Tania Victoria Urrutia Hoyos

Yan Carlos Romero Mancilla
Yeiner Duvan Ibito Coicue
Yoslani Gutierrez

Imagen de portada y portadilla:
Juan Manuel Peña - Fundación Chasquis

Diseño y diagramación:
Lid Natalia Fernández Hormiga

Ilustración:
Janssen Sevilla - Pág 42,44,47,49,51
Lid Natalia Fernández Hormiga - Pág 5,7,19,29,33,43,62
Ronald Melenge Meneses - Pág 52,53,54,55,56,57,58,59,60,61

Fotografías:
Anthony Mulcué Hurtado - Pág 28,31
Daniel Campo Palacios - Pág 20,22
Enrique "Kike" Ramirez - Pág 38, 41
Juan Manuel Peña - Pág 18,25
Jhan Carlos Velasco Pilcué - Pág 6,9,10,11,12,14,16
Julieth Morales - Pág 34,36
Jhonny Chicangana - Pág 3
Néstor Muelas Calambas - Pág 66,69,71,73 (Revista digital)

Agradecimientos: Consejería Mayor del CRIC, Diana Gembuel, Axel Alejandro Rojas Martínez y demás personas que participaron en el proceso y aportaron en esta séptima edición.

Impresión:
Max Color Impresores, Cali, Diciembre, 2022



DW Akademie es el centro de Deutsche Welle para el desarrollo internacional de medios de comunicación, la formación periodística y la transferencia de conocimiento. Por medio de sus proyectos, fortalece el derecho humano a la libertad de opinión y al libre acceso a la información. DW Akademie capacita a personas en todo el mundo para la libre toma de decisiones con base en hechos fiables y en el diálogo constructivo. DW Akademie es un socio estratégico del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania. Gracias también al apoyo del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores y de la Unión Europea, DW Akademie está activa en aproximadamente 60 países emergentes y en vías de desarrollo.

Esta publicación también ha sido respaldada por fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo.

UNIDAD


Alvaro Ulcué

¡También
estamos
en la web!



Puedes ampliar información de los artículos en nuestro portal web www.unidadalvaroulcue.com o escaneando el código QR.

Indice



08
Escuchar a quienes no han sido escuchados
Pueblo Nasa



20
Mirar desde adentro para encontrar el camino
Pueblo Nasa



30
Untak Kuan Mu Merik Kein
Pueblo Misak



40
Jhon Jota, expresándose desde el Rap
Equipo Editorial



44
Rostros del conflicto armado en el Cauca: Mujeres indígenas
Pueblo Nasa



54
La lucha de los otros hijos de la madre tierra
Pueblo Kokonuko

REVISTA DIGITAL



66
Pishinte Waramik
Pueblo Misak



74
Zona 10: pueblos indígenas de la amazonia caucana
Pueblo Yanakona



84
Dejar Huellas en el camino
Pueblo Negro

Editorial

Caminando la palabra, esta es la frase que comúnmente escuchamos cuando nos referimos al proceso realizado año tras año para consolidar la lucha y resistencia de los pueblos indígenas reunidos en el CRIC. Y es precisamente con la palabra que hemos construido consensos para trabajar en la defensa de los derechos de nuestros territorios y de cada uno de los seres que vivimos en ellos. Sin embargo, cuando decimos “la palabra”, en singular, nos referimos a las diversas voces en plural que emergen desde los distintos territorios. Aquellas ondas de sonido cargadas de mensajes que se tejen en medio de asambleas y de mingas, en presencia de la tulpá, uno de los espacios indicados para compartir, dialogar y debatir. Voces, es el concepto principal de esta séptima edición de la Revista Unidad Alvaro Ulcué, con el que queremos seguir generando espacios de difusión de ideas que aporten a la construcción del debate interno, sobre aquellas acciones que estamos haciendo bien y sobre otras que aún requieren de análisis y ajustes.

En esta séptima edición, queremos que las voces publicadas en la revista impresa y digital, le aporten a los debates del proceso organizativo. Por ello, el tema central se titula: “Las luchas dentro de la lucha”, son ocho los artículos construidos por equipos de comunicadores y comunicadoras de distintos territorios del Cauca, que pretenden continuar aportando desde la diferencia, la empatía y la voluntad política de mejorar. Algunos de los temas que nos permitirán aportar a la minga hacia adentro son: las condiciones de vida y participación de las comuneras y comuneros con capacidades diversas, la diversidad sexual en nuestros territorios, el conflicto armado visto desde el enfoque de género, la liberación de la madre tierra y su impacto en otros seres, tanto espirituales como corporales. También hablamos acerca de las preocupaciones que surgen sobre la relación entre nuestra organización y el Estado colombiano, sobre los efectos del conflicto armado y del narcotráfico en nuestras vidas. Estos y otros temas son los que les invitamos a conocer para atizar constructivamente el debate.

El futuro de nuestra organización depende en gran medida de saber leer nuestras falencias, tratarlas, hablarlas y tomar determinaciones para que cambien aquellas situaciones que nos impiden avanzar de forma armónica con nuestros planes de vida. Esta edición es una invitación a conocer ocho voces distintas. Podrán también buscar sus contenidos en la página web de nuestra revista, www.unidadalvaroulcue.com y compartir sus opiniones y comentarios para continuar trabajando en torno al mandato de la minga hacia adentro.



Escuchar a quienes no han sido escuchados

Comuneras y comuneros
con capacidades diversas
en el pueblo Nasa del
norte del Cauca

Por: Yeiner Duvan Ibito Coicue
Davelly Rivera Rivera
Pueblo Nasa

Familia nasa en Loma Pelada,
Resguardo de Huellas,
Caloto, Cauca, Colombia
Foto: Jhan Carlos Velasco. 2022

En los territorios del norte del Cauca las personas con capacidades diversas se ven enfrentadas a múltiples dificultades y, en muchas ocasiones, han sido excluidas de la vida comunitaria por su condición. Con estas dos historias queremos contar algunas situaciones de vida por las que atraviesan estas personas, quienes piden a la comunidad, a las autoridades y a la organización ser escuchadas, para así generar una ruta que les permita una atención acorde a sus necesidades.

Dialogamos con algunas comuneras y comuneros de Huellas, Tóez y Toribío, tres territorios indígenas ubicados al norte del Cauca, para conocer de cerca las historias de vida de personas con capacidades diversas y sus cuidadores, todos ellos pertenecientes al pueblo nasa. En este diálogo conocimos sus vidas, sus dificultades, sus sueños e incluso las exigencias que hacen a la comunidad, a las autoridades y a la organización. Mientras realizamos esta investigación conocimos también una propuesta que continúa en construcción y que busca establecer en nuestros territorios una nueva concepción desde la cosmovisión nasa, con el fin de revitalizar la cultura en las personas con capacidades diversas y la comunidad en general.

En muchos territorios las personas con capacidades diversas deben enfrentarse a burlas, rechazos, discriminación y exclusión social. Ellas experimentan diferentes tipos de violencia: emocional, física, psicológica e incluso cultural, cuando se les arrebató o impone otro tipo de creencias, en especial a las comunidades indígenas. Nacer o vivir con capacidad diversa en un territorio indígena, en lugares lejanos y recónditos, bajo el conflicto social que representan los grupos armados, los cultivos ilícitos y el narcotráfico, entre otras problemáticas sociales, aumentan el riesgo de vulnerabilidad de estas personas. Para algunas comuneras y comuneros esto se ha convertido en una carga emocional que se traduce en depresión. Los más experimentados aprenden de las adversidades para ser resilientes, otros se resignan al olvido y se vuelven invisibles. Sin duda, este tema del que poco se habla o se conoce en los territorios indígenas ha llegado a esta revista para ser visibilizado.



Este artículo cuenta con contenidos multimedia, búscalos en nuestra página web.

Paola Pacue, viviendo la diversidad funcional desde los dieciocho años

Paola nos recibe con una enorme sonrisa, sentada en su silla de ruedas, con una cobija que la cubre desde la cintura hasta los pies. Ella nos contó su historia de vida para así conocer más de cerca su experiencia.

Paola ha vivido la mayor parte de su vida en su vereda, Loma Pelada, en el resguardo de Hueallas, un lugar rodeado de montañas y un inmenso verde, a unas dos horas en transporte o “chiva” hasta Caloto, el pueblo más cercano. En su adolescencia, Paola era una mujer trabajadora y activa en las asambleas, reuniones y trabajos comunitarios: “No me invitaban, pero me gustaba estar en eso”, mencionó. A los quince años quedó embarazada; Breyner, su hijo, es para ella “un motivo para seguir adelante”. Cuando Paola cumplió dieciocho años, repentinamente sintió que se le adormecían partes de su cuerpo, lo que la obligó a ir al hospital. Los exámenes que le hicieron no ofrecían un diagnóstico claro de lo que le estaba pasando; sin embargo, todo fueron malas noticias, Paola ya no podría ver ni caminar. Una situación devastadora que aún recuerda entre lágrimas. Jamás pensó que algo así le pudiera pasar.

Los médicos le diagnosticaron a Paola el síndrome de Guillain-Barré, una enfermedad que afecta los nervios y puede causar parálisis en partes o en todo el cuerpo. El origen aún no es muy claro, puede relacionarse con infecciones bacterianas o víricas que afectan a cualquier persona sin importar etnia, edad o clase social.

“ En su adolescencia, Paola era una mujer trabajadora y activa en las asambleas, reuniones y trabajos comunitarios: “No me invitaban, pero me gustaba estar en eso”, mencionó. A los quince años quedó embarazada, de Breyner, su hijo (...)

Desde ese momento, Paola inició una nueva vida, conoció lo que es lidiar con el sistema de salud para ser atendida, y fueron muchos los trámites y viajes los que debió enfrentar. Como mujer nasa también acudió a los médicos tradicionales, pero al igual que en el hospital, también recibió malas noticias: según los médicos tradicionales, lo que estaba padeciendo era producto de un maleficio.

Mientras recorremos su casa, hecha con paredes de bahareque y piso de tierra, nos damos cuenta de lo difícil que es para ella moverse en su silla de ruedas. Las puertas son muy estrechas y para quien la ayuda a moverse es mucho el trabajo, incluso para llevarla de la pieza al baño. Desde su habitación, narró que alguna vez, intentando pasar de la silla a su cama, cayó al piso y, en medio de la frustración, llegó a pensar en quitarse la vida. Duró horas en el piso hasta que llegó su madre y le ayudó a levantarse; desde ese momento le tiene mucho miedo a intentarlo nuevamente. Sus familiares han estado pendientes de ella, pero sin dudarlo mencionó a Gil Ubeimar, el papá de su hijo, con quien ya no tiene ninguna relación de pareja, y a Breyner, su hijo, como sus cuidadores principales, quienes la han acompañado incondicionalmente.

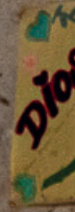
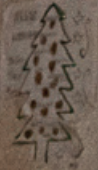
Paola nos contó que el cuidado de su salud no ha sido suficiente. Estuvo en terapias, pero de un momento a otro no pudo continuar porque ya no



PAOLA
PACUE
endez



DT
J.L.C



Vereda La Selva, Resguardo de Huellas, Caloto, Cauca, Colombia
Foto: Jhan Carlos Velasco Pilcué. 2022

“ Lo que motiva a Paola a valorar su vida es su hijo Breyner, de trece años de edad. Él la acompaña la mayor parte del tiempo, hablan y se cuentan historias.”





había financiamiento; mencionó que tal vez eso le hubiese ayudado a caminar. Antes le tocaba viajar hasta Caloto para ser atendida en el puesto de salud, pero la promotora de salud le ayudó a que fuera atendida en su casa; ahora los médicos van a visitarla una vez cada dos meses para revisar su estado. Su colchón no es el adecuado para su espalda, por lo que debe cambiarlo cada vez que puede por uno especial, que le evita las escaras o que su tejido de piel no se lesione. Para ella es angustioso sentirse una carga para su familia.

Lo que motiva a Paola a valorar su vida es su hijo Breyner, de trece años de edad. Él la acompaña la mayor parte del tiempo, hablan y se cuentan historias. Paola recordó que una vez su hijo le preguntó: “¿Mamá, a usted que le hubiese gustado ser?” Y ella le respondió que enfermera. ¿O sea, que usted me hubiera curado? Comentó Paola entre risas. Su familia también la motiva y le recuerdan lo valiosa que es su presencia en la casa, ella es necesaria para sentir que están completos como familia.

Paola transmite un mensaje a la comunidad, a las autoridades y, en especial, a los jóvenes: es necesaria la empatía con las personas con capacidades diversas. Ella no se siente a gusto con la palabra “discapacidad”; exige que se tenga en cuenta en los espacios comunitarios a las personas en esta condición, no solo con una invitación, sino también para acercarse a su casa para así sentir un verdadero interés más allá del discurso o, al menos, una ayuda para transportarse a las reuniones y asambleas. Lo que ella vive es algo que no pensó vivir antes de los dieciocho años, es algo que a cualquier persona le puede suceder: “yo les digo que no se quejen de la vida, ya que tienen pies, pueden caminar, yo les doy ese ánimo”, concluyó Paola.

Paola con su hijo Breiner en su hogar,
Resguardo de Huellas, Caloto, Cauca, Colombia
Foto: Jhan Carlos Velasco Pilcué. 2022

Carmen Liliana Zape Paja, una madre que lucha

Desde su niñez, a Carmen le ha tocado luchar muy fuerte. Es la hija mayor de siete hermanos, nos contó cómo quedó huérfana por culpa de la guerra cuando tan solo tenía ocho años. Desde pequeña le ha tocado trabajar para ayudar a su familia, soportó humillaciones y malos tratos como empleada doméstica en la ciudad de Cali, donde incluso intentaron abusar de ella sexualmente. Solo sus gritos la ayudaron a salir ilesa de esa situación.

Siendo muy joven quedó embarazada, lo que la obligó a abandonar sus estudios, ya que no contaba con el apoyo del papá del niño que estaba por nacer. Así empezó Carmen una nueva etapa en su vida, a pesar de las críticas de sus vecinos y conocidos, salió adelante con la ayuda de su madre, quien la apoyó incondicionalmente hasta que se marchó de este mundo.

Cuando nació su hijo, Juan José, después de varios días notó que algo no estaba bien. Su hijo no seguía ni reaccionaba a los ruidos que ella hacía para llamar su atención, dos meses después lo llevó al médico, quien intentó llamar la atención de Juan José con colores y ruidos; sin embargo, no tuvo respuesta alguna. El médico le comunicó que su hijo era ciego, sordo, y que tal vez no podría hablar ni caminar; una noticia terrible para una madre adolescente. Carmen salió por el pasillo con el niño entre sus brazos, llorando desconsolada ante la mirada sorprendida de los presentes.

Al pasar el tiempo, a Juan José le practicaron exámenes médicos más exhaustivos, determinando que padecía toxoplasmosis, una enfermedad causada por infecciones parasitarias transmitidas por animales de granja. Al inicio, Carmen y su familia estuvieron muy tristes, pero tras comprender e interiorizar su nueva situación, asumieron que este era un motivo más para luchar y para estar más unidos, aceptando a Juan José tal como es: “El cuidado de mi hijo, integrando la medicina occidental y la medicina propia, ha servido para el avance de Juan José”, comentó Carmen, quien, con la orientación de una mayora, lo bañó con leche calostro, le dio crema de cabeza de pescado, lo llevó a caminar contra corriente en el río y lo ingresó al buche de la vaca, entre otras recomendaciones.

Vereda La Selva,
Resguardo de Huellas,
Caloto, Cauca, Colombia
Foto: Jhan Carlos
Velasco Pilcué. 2022





Carmen es, sin duda alguna, una clara descripción de lo que significa la palabra resiliencia. Ella ha sido una mujer que ha enfrentado muchas adversidades y, aun así, para ella esta experiencia ha sido un motivo para seguir adelante y ayudar a la comunidad, tal vez con el mismo amor que le enseñó su madre. Lidera y motiva a madres y cuidadores de comuneros con capacidades diversas a exigir sus derechos, a hablar en las asambleas y de frente a las autoridades del resguardo de

“ Nada para nosotros sin nosotros, las decisiones que se tomen deben consultarnos a nosotros, que somos quienes vivimos estas situaciones”, manifestó Carmen, quien pide que las personas con capacidades diversas y sus cuidadores sean escuchados.

Juan José y Carmen Liliana Zape
Foto: Jhan Carlos Velasco Pilcué. 2022

Huellas; algo que para ella es un trabajo arduo que a pocos líderes les interesa. Carmen tuvo, sin embargo, la ayuda de su familia, pero cuenta con tristeza que hay madres en circunstancias parecidas que se encuentran solas, en condiciones vulnerables y en el olvido de la comunidad.

“Nada para nosotros sin nosotros, las decisiones que se tomen deben consultarnos a nosotros, que somos quienes vivimos estas situaciones”, manifestó Carmen, quien pide que las personas con capacidades diversas y sus cuidadores sean escuchados. Carmen ha venido liderando la Fundación Triunfemos, que con la venta de rifas, aportes de las madres cuidadoras y la ayuda de algunas organizaciones se ha mantenido y espera mejorar el espacio que poseen para seguir ayudando a las comuneras y comuneros con capacidades diversas. Allí realizan actividades como teatro, música, fabricación y venta de estropajos naturales y otras actividades de su emprendimiento.

***Sa'tkwewe'sx u'sxakwewe'sx nasa kwekwe* (personas en condición de vida cacique); una nueva concepción desde la cosmovisión indígena nasa**

En las comunidades indígenas existe una cosmovisión basada en la ley de origen, que define el pensar y el actuar para el “buen vivir”; sin embargo, el mundo occidental ha venido permeando cada rincón de nuestro territorio, es por esto que se intenta revivir significados que nacen desde el pensar con el corazón de la comunidad nasa del norte del Cauca, a través de las familias, las tulpas y los mayores espirituales.

Esta labor no ha sido fácil, la palabra discapacidad aún impera desde la institucionalidad e incluso en nuestra propia organización, en las personas y en la comunidad, cuando se refieren a alguien con condiciones físicas o mentales diversas. Sin embargo, se ha venido replanteando esta palabra y sus significados, de este modo, han surgido términos como capacidades diversas, diferentes, condición especial y desde la cosmovisión nasa, el *sa'tkwewe'sx u'sxakwewe'sx nasa kwekwe* (personas en condición de vida cacique), donde cada palabra tiene un significado y una interpretación que ha sido recogida a través de la conversa con las mayores, mayores y la comunidad.

En castellano, *sa't* traduce cacique o líder; *kwe*, cariño, tierno, empatía; *we'sx*, nosotros, nuestros, familia; *u'sxa*, mujeres y *nasa kwekwe*, cuerpo nasa. Estas palabras representan un significado que alude al comunero o comunera como cacique que va creciendo y formándose como semilla a través del cariño y la empatía para estar en familia y en comunidad, donde congenia el cuerpo humano y su condición; así nace un



Arriba: Creación de la obra “Con la fuerza de las madres cuidadoras”, de la Fundación Triunfemos y el Colectivo Teatral Sopa de Piedras.
Foto: Fundación Triunfemos, 2022

Abajo: Ensayos musicales con integrantes de la Fundación Triunfemos, ubicada en Caloto, Cauca, Colombia.
Foto: Fundación Triunfemos, 2022

“ Para el nasa no existe un ser “discapacitado”, todos somos parte de la comunidad, teniendo en cuenta que cada uno cumple una tarea y tenemos unos dones entregados por nuestros espíritus mayores y la madre naturaleza.”



Carmen y su hijo participan de las asambleas. Resguardo de Huellas, Caloto, Cauca, Colombia.
Foto: Jhan Carlos Velasco Pilcué. 2022

proceso que recoge a las comuneras y comuneros con capacidades diversas que aspiran recuperar la cosmovisión y la cultura.

Para el nasa no existe un ser “discapacitado”, todos somos parte de la comunidad, teniendo en cuenta que cada uno cumple una tarea y tenemos unos dones entregados por nuestros espíritus mayores y la madre naturaleza. En los territorios se encuentran jóvenes, niños, hombres y mujeres que son sobanderos, tejedores, músicos, artesanos y sabedores que pueden aportar mucho a la comunidades. Esos conocimientos deben ser protegidos y valorados, ya que son ejemplo de vida.

Una mirada desde lo espiritual

En una conversación con el mayor Marcos Yule, del territorio ancestral de Toribío, quien, desde la mirada espiritual del pueblo nasa, habló acerca de las personas en condición de vida cacique o capacidades diversas. Comentó que nacían a causa de incumplir pasos culturales en el embarazo con las parteras y los sabedores ancestrales; la familia y la semilla que viene en camino deben estar armonizados y guiados espiritualmente con un sabedor ancestral, con el fin de mirar las dificultades que podrían existir en el periodo de embarazo.


Los espíritus de la naturaleza y los lugares sagrados, como ojos de agua, lagunas, ríos y montañas, deben estar en armonía con el ser humano; no se deben construir casas, tomar o transitar estos lugares sin permiso u orientación de un sabedor ancestral, de lo contrario pueden afectar a la familia o a los niños que están por nacer, es por eso que algunos nacen sin partes de su cuerpo, con condiciones diversas tanto en lo físico como en lo mental, pero si espiritualmente se armoni-

zan, pueden despertar sus dones y dar fuerza a la familia o a la comunidad.

La diversidad funcional o las personas en condición de vida cacique son en la actualidad un tema del que poco se ha hablado en nuestras comunidades y tal vez por el desconocimiento o la escasa reflexión continúan siendo estigmatizadas, discriminadas y excluidas socialmente, incluso, en ocasiones, por su propia familia.

Se han iniciado procesos que buscan la intervención desde la cosmovisión indígena y, por las palabras de las protagonistas de las historias antes contadas, es importante que esos avances vayan de la mano con la atención occidental, tanto en el ámbito de la salud como en el de la educación; bajo la armonía entre estos dos conocimientos, ya que son importantes para el cuidado de las personas y la garantía de sus derechos, en especial aquellas que se encuentran en estado de vulnerabilidad desde la jurisdicción propia.

Sabemos que las organizaciones indígenas, a través del Sistema Indígena de Salud Propio Intercultural –SISPI– y el Sistema Educativo Indígena Propio –SEIP–, vienen trabajando en el tema, pero esto requiere de un trabajo en conjunto, en unidad, que inicia desde la familia hasta las autoridades indígenas para responder al llamado que hacen los cuidadores y personas con capacidades diversas.

Al cierre de esta investigación siguen vigentes preguntas como: ¿Qué se está haciendo por las y los comuneros con capacidades diversas en los distintos territorios y pueblos originarios del Cauca? ¿Cómo mantener este diálogo y debate desde nuestras cosmovisiones? 



Mirar desde adentro para encontrar el camino

Desafíos del movimiento indígena caucano

Por: Diana Collazos Cayapu,
Daniela Soto Pito,
Daniel Campo Palacios.
Pueblo Nasa

Los mayores y mayoras sabedores
en la tulpa compartiendo sus
orientaciones espirituales.

Foto: Juan Manuel Peña
Fundación Chasquis. 2021



Reconocer los desafíos y las transformaciones que vivimos en nuestros territorios es también un ejercicio que se debe realizar en minga, esta es una invitación a iniciar diálogos de reflexiones mirándonos desde adentro.

Caminando el territorio, conversando con la gente, trabajando en la minga, haciendo asamblea, sintiendo en la tupa y pensando en colectivo podemos reconocer los desafíos que enfrentamos como pueblos del Cauca y como partes de un mundo en transformación.

Abrimos camino para invitar a reflexionar sobre esas transformaciones. La forma en la que proponemos hacerlo es mirar desde adentro. Para nosotras, esto significa tocar temas que nos duelen y nos preocupan. Es hablar despacito, mambeando y tejiendo al ritmo del fuego. Para mirar desde adentro hay que conocer a fondo lo que ocurre en el territorio y lo que se enfrenta afuera. Es abordar nuestros asuntos con malicia. Es, sobre todo, una invitación a escarbar y buscar, a encontrar el camino que nos permita superar el malestar que la institucionalización de la lucha ha generado entre nosotros.

La guerra y la mercantilización de la vida

A Edwin Dagua lo mataron en el 2018, cuando tenía solo veintiocho años. En ese momento era sa'th we'sx (autoridad indígena) del resguardo de Huellas, en el municipio de Caloto. Nunca se quedó callado frente al problema más complejo en su territorio: las economías ilícitas que se expanden por las montañas. Estaba convencido de esta lucha construida en colectivo. Por eso, en una asamblea tomó la vocería para plantear la necesidad de comenzar con la minga hacia adentro y recuperar la armonía de la tierra. Esa fue su sentencia de muerte. A los pocos días, el 7 de diciembre, lo asesinaron cuando bajaba a una reunión en la vereda El Credo.

La muerte de Edwin fue un cálculo político y económico de quienes hacen la guerra, pues el sa'th we'sx comprendía a la perfección que en los territorios indígenas la guerra y los cultivos ilícitos son como una serpiente que se muerde la cola: hay cultivos ilícitos para que



Este artículo también se encuentra en nuestra página web.



Minga de Resistencia sobre la vía Panamericana
Foto de: Daniel Campo Palacios. 2017

haya guerra, y la guerra asegura la permanencia de los cultivos ilícitos. Esta guerra que continúa solo busca mantener sometido cualquier proyecto de emancipación y autonomía, porque solo a través de la dependencia pueden mantener el control sobre nosotros.

Hoy, el instrumento de control más potente que enfrentamos es la mercantilización de la coca, la marihuana y la amapola; tres plantas poderosas con profundas conexiones espirituales para innumerables pueblos alrededor del mundo, pero que en el desarrollo del capitalismo global, han sido sometidas a un proceso de transformación en mer-

cancías por industrias multinacionales que, según cálculos de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito –UNODC–, para el 2021, movían alrededor de 400.000 millones de dólares; es decir, entre el 8% y el 15% del comercio mundial (UNODC 2021).

En nuestros territorios, donde están varias de las zonas de producción, también se viven los desbordantes efectos económicos generados por esta industria. Un ejemplo provocador es el caso de la economía de la marihuana en Toribío, que, según la Corporación Ensayos, para el 2019 se calculaba en unos 153.000 millones de pesos, unas cinco veces el tamaño del presupuesto del municipio para el mismo año (Corporación Ensayos 2020: 88). La frontera entre estas

“Esta guerra que continúa solo busca mantener sometido cualquier proyecto de emancipación y autonomía, porque solo a través de la dependencia pueden mantener el control sobre nosotros.”

economías ilícitas y las lícitas es cada vez más difusa, evidenciando que para que buena parte de la economía local y global funcionen, lo lícito y lo ilícito necesitan complementarse.

Frente al comercio global de las drogas que mercantiliza la vida se han alzado muchas otras voces como la de Edwin, y también fueron violentamente silenciadas. Así ocurrió con las Autoridades Indígenas: Cristina Bautista, en 2019; Sandra Liliana Peña, en 2021; el Thuthenas (consejero) Miller Correa, en 2022, y los veintinueve guardias indígenas asesinados en los últimos años. Enfrentar esta industria desde la dignidad y la resistencia ha cobrado muchas vidas, pero como expresaba Edwin Dagua poco antes de ser asesinado, en la convicción comunitaria de la autonomía hay una alternativa: “el llamado puntual es a avanzar y enfatizar el control territorial. Si lo posicionamos, la comunidad va a volver a creer y va a volver a respaldarlo”. No obstante, como lo muestran los últimos cinco años, las comunidades también han cambiado con las nuevas dinámicas económicas. El control territorial como estrategia de cuidado colectivo ha sido paulatinamente suprimido. Poco a poco, se ha sedimentado la militarización de la vida cotidiana y la violencia se ha legitimado a medida que los cultivos de uso ilícito se posicionaron como principal actividad económica para un importante número de familias.

Matices de la vida comunitaria: cambios y adaptaciones

D. es liberador de la madre tierra desde que tenía dieciséis años. Por allá en el 2005, se metió a pelear en las haciendas La Emperatriz y Japio, en el municipio de Caloto. Ahora, diecisiete años después, sigue liberando tierra de la caña y de los ricos. Es kiwe thegna (guardia indígena) de su territorio e hijo de históricos recuperadores de tierra.

Hace seis años, un policía del Escuadrón Móvil Antidisturbios –ESMAD– le arrebató la visión de un ojo con el disparo de una recalzada. Como muchos otros y otras, tuvo que superar sus heridas en soledad. Seis personas dependen económicamente de él y, para resolver las necesidades más inmediatas, trabaja arriba en las montañas en una pequeña parcela de marihuana. Aún así, la mayor parte de sus días los dedica a liberar la tierra.

D. es parte activa de su resguardo y sus problemas los resuelve en el cabildo. También asiste a las asambleas de cultivadores que convoca “el gremio” –como se le llama a un sector organizado de los cultivadores y cosechadores de marihuana en el norte del Cauca–, para asegurarse de que no la erradiquen. Tiene una deuda con un banco privado para poder sostener un proyecto productivo que no tiene ninguna ganancia asegurada. En su ejercicio de liberador debe mediar y, en ocasiones, enfrentarse a la fuerza pública, a las llamadas disidencias de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–, a las iglesias, a los ingenios azucareros y a otras comunidades de la zona.



Cultivo de marihuana en el municipio de Toribío
Foto de: Daniel Campo Palacios. 2019



Esta es una de las muchas realidades a las que se enfrentan las comunidades en los territorios, viven una encrucijada que ha transformado la relación tradicional con la tierra. Visto desde afuera, puede parecer una incoherencia, o la suma de muchas contradicciones, pero mirando desde adentro, nos obliga a reconocer que las realidades van más allá de los discursos. Frente a esto y escarbando pensamiento, nos preguntamos: ¿Se están escuchando estas voces en los espacios organizativos? Porque no son pocas las ocasiones en las que desde las estructuras organizativas del movimiento indígena se hacen planteamientos que no reconocen las múltiples complejidades en las que los comuneros viven. Al no afrontar estas transformaciones de manera directa, se generan conflictos políticos y sociales al interior de las mismas comunidades.

El proceso y las instituciones

S. es un kiwe thëj (médico tradicional) con raíces en los cerros. Siente un compromiso profundo con el proceso organizativo y acompaña con alegría los espacios a los que le convocan. Nunca ha pedido dinero por su trabajo de orientación espiritual, porque siente que si lo recibe, el saber que los ksxa'w we'sx (espíritus) le han confiado se irá perdiendo o el trabajo no servirá. Para solventar sus necesidades encontró una opción vendiendo hoja de coca tostada para los numerosos rituales que hace la organización. Después de mucho enfrentar las desarmonías de su territorio, S. cuenta que le cayó el ptaz o “el sucio”, y duró varios meses enfermo y en recuperación. Cuando por fin pudo volver a trabajar vendiendo la hoja tostada, se encontró con que la organización le pedía el Registro Único Tributario para poderle comprar. El mayor S. no comprendía qué documento era ese que le pedían, pero al no tenerlo la organización optó por comprarle la hoja a un joven que sí tenía los papeles en regla.

Estos documentos legales también se les solicitan a los kiwe thëj para darles el “cuido”, pues la organización debe justificar los gastos ante las instituciones estatales que transfieren los recursos. Esto ha transformado la relación entre la organización y los sabedores ancestrales, generando, por un lado, rupturas en el entendimiento de la dinámica comunitaria y, por el otro, una expectativa

económica frente a los dones tradicionales. Con el ejercicio administrativo todos los saberes de los pueblos se volvieron cuantificables, porque solo dándoles un valor económico son legibles para el Estado.

Para ejercer los derechos adquiridos al interior del Estado tuvimos que poner precio a nuestras vivencias y sueños. No obstante, los mayores siempre nos cuentan que esta lucha se construyó “caminando de a pie”, sin recursos económicos y motivados por una necesidad colectiva, sintiendo el territorio como el espacio de vida para recuperar. Poco a poco todos nos hemos ido acoplado a esta dinámica institucional, adaptando nuestros planes de vida a sistemas, decretos, proyectos y normas. En este sentido, la pregunta que nos planteamos es ¿estamos a tiempo de revertir todo esto? ¿Cuál es la potencia transformadora de este camino? ¿Son estos instrumentos el camino a la autonomía?

La palabra y la acción...

Un líder es ese miembro de la comunidad que puede mirar desde adentro y tiene también la capacidad de comprender la mirada de afuera, para así orientar el proceso frente a los desafíos que se identifican de manera colectiva.

En la historia reciente del movimiento indígena del Cauca han transcurrido tres generaciones en las que se han consolidado tres tipos de liderazgos predominantes: En un primer momento el liderazgo que emerge de la lucha por la tierra,

con un discurso articulado alrededor de los puntos de la plataforma de lucha; después llegan los liderazgos producto del pacto social de la constitución de 1991, que consuma la integración de los pueblos indígenas al Estado colombiano y que va acompañado de una narrativa de participación electoral y de derechos humanos; y un tercer tipo de liderazgo que nace desde las estructuras organizativas ya fortalecidas, en el que predominan perfiles académicos y el lenguaje técnico del funcionamiento interno del Estado. Estos liderazgos no se encuentran únicamente entre las autoridades, sino también en las distintas estructuras organizativas que interactúan con las instituciones y que toman decisiones que afectan lo local, lo zonal y lo regional.

Esta transformación es particularmente visible en espacios como las reuniones de autoridades y asambleas informativas, donde se conocen los avances de la política pública indígena que se negocia tras el Decreto 1811 del 2017. Este escenario de interlocución con el Estado fue el resultado de varias movilizaciones sobre la vía Panamericana. A estos espacios llegan las autoridades y comuneros muy atentos a escuchar los informes de avances de los proyectos que se han acordado con el gobierno nacional, pero a medida que transcurren las exposiciones, el lenguaje de los apoyos técnicos encargados de la exposición se hace cada vez más especializado: “fiduciarias”, “marcos lógicos”, “trazabilidad”, “indicadores” y otros términos que no comunican nada claro a

“**Para ejercer los derechos adquiridos al interior del Estado tuvimos que poner precio a nuestras vivencias y sueños. No obstante, los mayores siempre nos cuentan que esta lucha se construyó “caminando de a pie”, sin recursos económicos y motivados por una necesidad colectiva sintiendo el territorio como el espacio de vida para recuperar”**



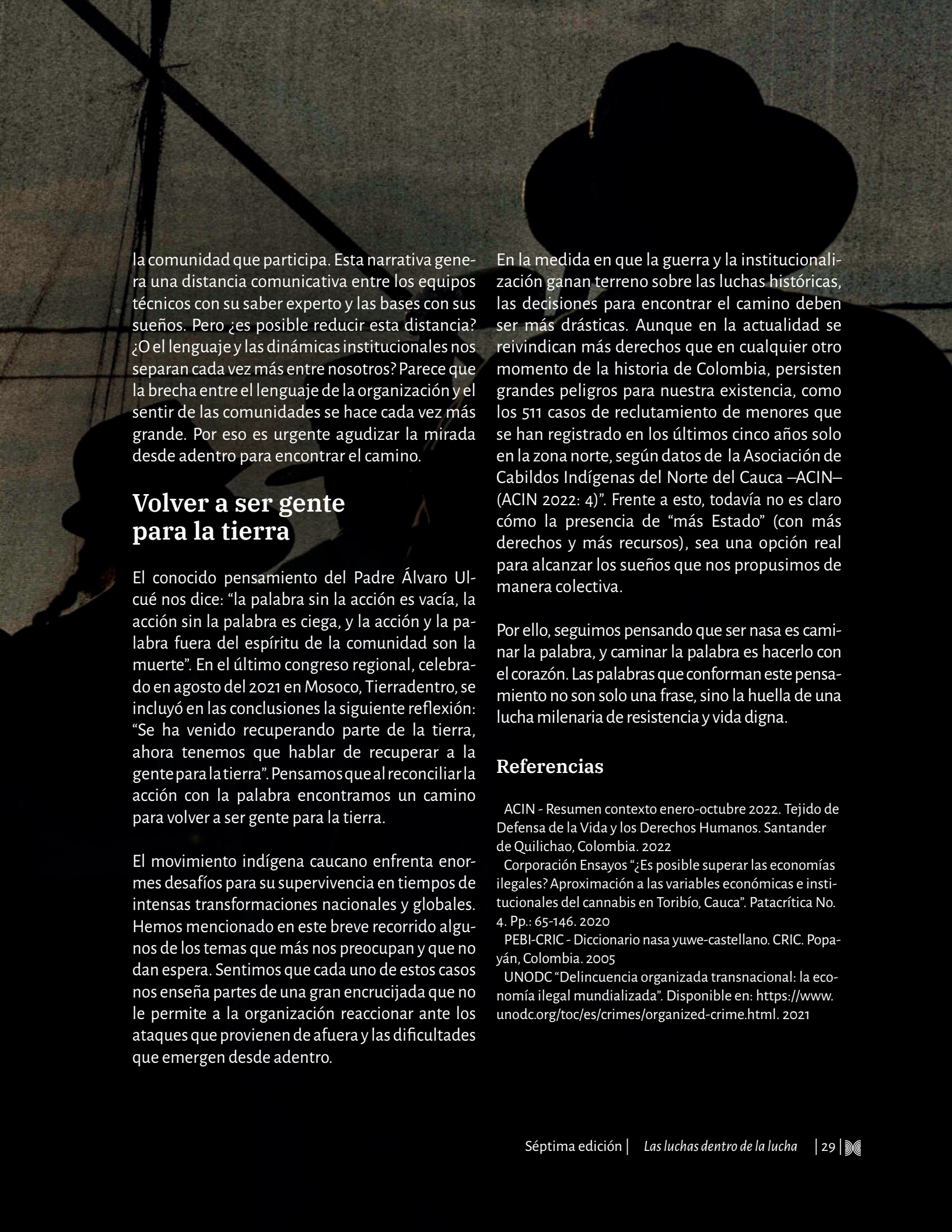
Guardias indígenas en Kweth Kina
Foto de : Juan Manuel Peña
Fundación Chasquis. 2021



“ En la medida en que la guerra y la institucionalización ganan terreno sobre las luchas históricas, las decisiones para encontrar el camino deben ser más drásticas.”

Asamblea entre comuneros y comuneras indígenas en medio de la conmemoración de los 50 años del CRIC .

Foto de: Juan Manuel Peña
Fundación Chasquis. 2021



la comunidad que participa. Esta narrativa genera una distancia comunicativa entre los equipos técnicos con su saber experto y las bases con sus sueños. Pero ¿es posible reducir esta distancia? ¿O el lenguaje y las dinámicas institucionales nos separan cada vez más entre nosotros? Parece que la brecha entre el lenguaje de la organización y el sentir de las comunidades se hace cada vez más grande. Por eso es urgente agudizar la mirada desde adentro para encontrar el camino.

Volver a ser gente para la tierra

El conocido pensamiento del Padre Álvaro Ulcué nos dice: “la palabra sin la acción es vacía, la acción sin la palabra es ciega, y la acción y la palabra fuera del espíritu de la comunidad son la muerte”. En el último congreso regional, celebrado en agosto del 2021 en Mosoco, Tierradentro, se incluyó en las conclusiones la siguiente reflexión: “Se ha venido recuperando parte de la tierra, ahora tenemos que hablar de recuperar a la gente para la tierra”. Pensamos que al reconciliar la acción con la palabra encontramos un camino para volver a ser gente para la tierra.

El movimiento indígena caucano enfrenta enormes desafíos para su supervivencia en tiempos de intensas transformaciones nacionales y globales. Hemos mencionado en este breve recorrido algunos de los temas que más nos preocupan y que no dan espera. Sentimos que cada uno de estos casos nos enseña partes de una gran encrucijada que no le permite a la organización reaccionar ante los ataques que provienen de afuera y las dificultades que emergen desde adentro.

En la medida en que la guerra y la institucionalización ganan terreno sobre las luchas históricas, las decisiones para encontrar el camino deben ser más drásticas. Aunque en la actualidad se reivindicán más derechos que en cualquier otro momento de la historia de Colombia, persisten grandes peligros para nuestra existencia, como los 511 casos de reclutamiento de menores que se han registrado en los últimos cinco años solo en la zona norte, según datos de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca –ACIN– (ACIN 2022: 4)”. Frente a esto, todavía no es claro cómo la presencia de “más Estado” (con más derechos y más recursos), sea una opción real para alcanzar los sueños que nos propusimos de manera colectiva.

Por ello, seguimos pensando que ser nasa es caminar la palabra, y caminar la palabra es hacerlo con el corazón. Las palabras que conforman este pensamiento no son solo una frase, sino la huella de una lucha milenaria de resistencia y vida digna.

Referencias

ACIN - Resumen contexto enero-octubre 2022. Tejido de Defensa de la Vida y los Derechos Humanos. Santander de Quilichao, Colombia. 2022

Corporación Ensayos “¿Es posible superar las economías ilegales? Aproximación a las variables económicas e institucionales del cannabis en Toribío, Cauca”. Patacrítica No. 4. Pp.: 65-146. 2020

PEBI-CRIC - Diccionario nasa yuwe-castellano. CRIC. Popayán, Colombia. 2005

UNODC “Delincuencia organizada transnacional: la economía ilegal mundializada”. Disponible en: <https://www.unodc.org/toc/es/crimes/organized-crime.html>. 2021

Untak Kuan Mu Merik Keik

(amar sin despreciar)

¿Defender mi identidad
sexual es también un
proceso de resistencia!

Por: Andrea Gomajoa,
Arles Yulian Calambás Tenebuel,
Eliana Marcela Sánchez Anacona
Maria Serna

Pueblo Inga, Pueblo Misak,
y Pueblo Yanakona

Arles en el Nak Chak
Foto: Anthony Mulcúe Hurtado, 2022

El bastón no tiene género, no es mujer ni hombre, es una fuerza de autoridad en sí misma que toda la comunidad reconoce. Y como no tiene género, quienes lo reciben le asignan uno, el hombre que lo toma le dice “mi mujer”, la mujer que lo toma lo nombra “mi esposo”. Por eso, cuando la comunidad se reunió para mirar quién era capaz de ejercer el cargo, un Taita me nombró para que yo fuera su representante de la zona. Allí fue donde se me dio el bastón que llevé conmigo a todas partes, yo lo tomé por marido.

Arles Yulian Calambás Tenebuel

El silenciamiento de las memorias y sabidurías ancestrales se ha ejercido a través de la imposición del pensamiento patriarcal que pretendió el borramiento de nuestras culturas y el saqueo de nuestros territorios. Como pueblos originarios hemos resistido a esta violencia a través de la liberación de nuestro pensamiento, la recuperación del territorio y la sanación de la herida colonial. Como parte de este ejercicio de resistencia, queremos en esta ocasión dar voz a la memoria ancestral de los pueblos originarios que habla del origen diverso de la vida y que nos enseña a reconocer la diversidad sexual como un derecho legítimo y no como síntoma de una enfermedad o desarmonía espiritual.

La diversidad de género como lucha y resistencia dentro de los pueblos originarios

Mi nombre es Arles Yulian Calambás Tenebuel, tengo diecinueve años, soy indígena misak del resguardo guambiano de La María, Piendamó. Me gradué del colegio en el 2019 y en el 2020 mi comunidad me eligió como tata secretario de la zona Los Arados.

Cuando la comunidad me eligió, lo primero que vino a mi mente fue una pregunta: ¿cómo será mi bastón?, ya que este me acompañaría en todos los procesos de lucha del pueblo misak. El *pə̀rə̀ktsik* (bastón de mando) es para nosotros un espíritu sagrado.



Este artículo también se encuentra en nuestra página web.

Por ello, la costumbre en mi pueblo es que cuando alguien es convertido en autoridad, debe ir con un acompañante. Si lo recibe una mujer, esta va acompañada con su compañero “tata”; y si lo recibe el hombre, este debe ir con su compañera “mama”.

Esa situación me inquietaba mucho, pues ¿cómo sería esto para mí? Contrario a la costumbre, yo quería ir acompañado de mi tata, o sea de un hombre. Pero tenía miedo de que, de hacerlo así, quizás la comunidad me señalaría. No podía recibir el bastón con mentiras, es decir, que yo sabía que el bastón para mí sería mi marido o mi pareja con espíritu hombre.

En ese momento, apenas tenía dieciséis años y no contaba con mi mamá. Ella me dijo que no me iba a apoyar en ese asunto de la autoridad, que fuera solo. Yo tenía miedo a equivocarme, a no poder cumplir con el mandato de mi comunidad y esa inseguridad se reforzaba por mi condición diversa.

Finalmente, acepté ser autoridad de mi zona porque quería aprender más de las luchas de mi pueblo. Un tata tiene mucha responsabilidad política y administrativa y ese era mi más grande temor, pues tenía miedo de la reacción de las demás autoridades con el tema de mi sexualidad.

Ese miedo me impidió ir acompañado a la ceremonia de posesión tal como yo sentía que debía hacerlo. A última hora, mi mamá cambió de decisión, dijo que iba a acompañarme ese día

y todo el año que duraba mi mandato como autoridad. Mi abuela materna le hizo caer en cuenta que era su responsabilidad acompañarme en la ceremonia ya que yo no tenía pareja.

“ Contrario a la costumbre, yo quería ir acompañado de mi tata, o sea de un hombre. Pero tenía miedo de que, de hacerlo así, quizás la comunidad me señalaría. No podía recibir el bastón con mentiras, es decir, que yo sabía que el bastón para mí sería mi marido o mi pareja con espíritu hombre.

Fuimos a la ceremonia todas las autoridades electas para el nuevo año. La ceremonia comienza con una reunión en la casa del nuevo gobernador, donde se espera la llegada de las autoridades. La familia del nuevo gobernador prepara los alimentos para todos los asistentes, también llegan los músicos *paløpa luspa* (flauta y tambor) y los *taitas* y *mamas* ofrecen sus consejos para que las nuevas autoridades puedan gobernar con armonía el territorio. Luego de esto nos trasladamos a la casa del cabildo, mujeres a la derecha y hombres a la izquierda desfilan hasta llegar a la casa donde se hará la ceremonia de posesión. Las autoridades salientes esperan allí con el mismo orden del desfile, reciben a las nuevas autoridades del territorio y los llevan a una habitación donde les dan los mejores platos de comida.

Recibí el bastón que me dieron las autoridades: un bastón hembra. Para ese momento yo había aceptado que no podía cambiar la costumbre de las autoridades. Lo recibí con mucho respeto, aceptando la responsabilidad que ahora tenía con mi comunidad y con la naturaleza. Después de recibir el bastón sabía que me había comprometido con la comunidad.



Arles en el Nak chak
de San Fernández, Silvia,
Cauca, Colombia,
Foto:Anthony Mulcue
Hurtado. 2022

Pero como he escuchado a las *mamas mera* y *tatas mera*, la diversidad se encuentra en la naturaleza y nosotros somos también parte de la naturaleza, por ende, también somos diversos como lo dice la Ley Misak. Por esta razón, dos días después de la posesión, con todo respeto guardé en mi casa el bastón hembra que se me había dado, y fui al resguardo de Guambiá —de dónde todos venimos, pues es nuestra madre y allí están los sitios sagrados y está gran parte de los *taitas* que elaboran el bastón de autoridad—y cambié mi bastón por uno acorde a mi sentir y a lo que yo deseaba. Ese bastón fue el que finalmente me acompañó durante todo el año 2020 en que ejercí como autoridad.

“ Toda esta experiencia me ha fortalecido espiritualmente, me ha llevado a darme cuenta del daño que he sufrido al ocultarme y sufrir solo en la oscuridad. Por eso decidí que esto tenía que terminar, cansado como estaba de ser alguien que no era yo.”

Durante ese año mi mamá fue mi mayor apoyo. Aunque yo me sentía triste porque no podía hablar abiertamente de mi sexualidad, ni cuando algunas autoridades decían que era algo normal y mucho menos delante de aquellas que decían que no era algo normal, que era algo raro que rompía nuestra Ley Misak o el *mananasrønkutrik mananasrønkatik* (desde ahora y para siempre) y el *pinshintøwaramik* (buen vivir). Quienes así pensaban me provocaban miedo por el odio que mostraban. Solo escucharlos me hacía temer a que me castigaran de la manera espiritual con el *mørøpik* (médico tradicional), según nuestros usos y costumbres.

Ahora que he crecido un poco y he vivido la experiencia de ejercer como autoridad, tengo el valor para decir que en mi sentir y en mi pensar soy un joven perteneciente a la comunidad LGBTQ+. Y también como misak que interpreta los cuatro principios misak-misak fundamentales para nosotros, puedo afirmar que dentro de la comunidad del resguardo misak de la María, Piendamó, los comuneros no pueden expresar libremente su opción sexual. Esta situación me llevó durante mucho tiempo a tener que esconder quién soy, qué siento y qué pienso. Siempre fue así, e incluso cuando en la comunidad me nombraron autoridad del resguardo me decían que debía esconderme y aparentar algo que no soy y que nada tiene que ver conmigo.

Toda esta experiencia me ha fortalecido espiritualmente, me ha llevado a darme cuenta del daño que he sufrido al ocultarme y sufrir solo en la oscuridad. Por eso decidí que esto tenía que terminar, cansado como estaba de ser alguien que no era yo. Con más razón, con el cargo que me dio mi comunidad, tenía que ser yo mismo.

Mi mensaje para mi pueblo es que todos nosotros aprendamos mucho de esto: *untak kuan mu merik keik*, “amar sin despreciar” a los demás. El hecho de pensar y amar diferente no nos hace menos personas. Nosotros no elegimos ser gais, nacimos gais, es algo que la naturaleza nos ha dado, pues ella también es diversa. Así mismo, el origen de nosotros los misak, el *pishimisak*, es al mismo tiempo él y ella. Es decir, él también es diverso aunque nosotros le decimos padre o creador.

Ser diverso no puede seguir siendo considerado en nuestras comunidades como algo negativo. Es solo un sentir, un pensar y un actuar que la misma naturaleza nos ha dado desde su sabiduría creadora. Asimismo, podemos entender la diversidad con el doble espiral que tenemos

nosotros los misak, donde el caminar de la mujer y el caminar del hombre tienen un inicio, pero no un final. Ese es el caminar. Desde el ombligo caminamos hasta la mitad de esa doble espiral, donde no morimos, sino que vamos a un espacio diferente. Nuestro territorio también nos habla de la diversidad del misak. La laguna Piendamó y Ñimpe están separadas, pero cuando hubo la avalancha se unieron y se formó el río Piendamó. Por eso siento que el agua es el ser que representa la complementariedad.

Taita Miguel Tróchez: *el bastón no tiene género*

Mi nombre es Miguel Tróchez, vivo en la vereda La Esmeralda, municipio de Piendamó, desde hace dieciséis años. En 2004, fui secretario zonal del resguardo misak Piscitau, en Piendamó. Perteneczo al grupo de investigación Recolectando la Memoria Histórica del Pueblo Misak en Piendamó, y fui auxiliar pedagógico en el Programa Numisak del resguardo, en el año 2020. Mi experiencia de vida como investigador me ha aportado importantes elementos para avanzar en la comprensión de las luchas de género al interior de nuestro resguardo.

Tal vez el primer y más relevante aspecto a mencionar aquí es que el bastón no tiene género, es más un símbolo de mando de administración de un resguardo, así que el género lo ponemos noso-

tros. Al igual que el bastón, la palabra misak tampoco tiene género: misak, nasa o embera quiere decir gente o persona, no es una palabra asociada a género alguno. Lo mismo ocurre con la espiral, porque la espiral es el ir y venir de ser misak desde el nacimiento hasta el día de su muerte, es un equilibrio entre las dos dualidades. Este tampoco tiene género, pues la espiral tiene el significado del equilibrio, y si tiene el equilibrio no hay desbalance al decir que se es hombre o mujer.

El *pishimisak* es para nosotros un ser supremo, lo que la cultura occidental entiende por Dios, pero si usted le pregunta a alguna persona si Dios es hombre o mujer, ninguno le va a poder responder. Dios simplemente no tiene sexo. Lo mismo pasa en la cultura misak, *pishimisak* no tiene género definido, no es varón o hembra, simplemente es pishi, que es el equilibrio, y misak que es gente o persona, es el equilibrio de la gente o la persona.

La diversidad de género es una lucha dentro de las luchas de los pueblos originarios porque la mayoría de ellos tienen un sentido muy paternalista. Se ha logrado mucho para que las mujeres sean reconocidas. La mujer es la que más hace en una familia, la que se levanta a las cuatro de la mañana a hacer el desayuno, despachar los hijos, luego ir al trabajo, luego ir a hacer el almuerzo, igualmente va y trabaja con el marido en el lote, a echar pala, a desyerbar. Llega otra vez a la casa con los hijos a hacer la comida, lavar





trastes, llega a atender al esposo, a los hijos que llegan del colegio. Y es la última que se acuesta, cuando ya tiene la cocina limpia otra vez. Mientras que el marido sólo es despertarse, desayunar, ir al trabajo, almorzar, descansar, en la tarde llegar a la casa y comer y ya.

Esa forma de vivir ha cambiado mucho en los últimos años. Ahora los hombres le están ayudando en la casa. La mujer no es la misma sumisa de antes, se ha empoderado mucho.

Dentro de la cultura misak, en noviembre, el mes de las ofrendas, se tiene un ritual que es muy bonito y muy autóctono, que es el baile de los disfraces, el *yalø misrar*, donde los hombres se disfrazan de mujer y las mujeres se disfrazan de hombre. Son bailes muy autóctonos donde se puede mirar esa diversidad que hay en el pueblo, en el pensamiento.

Los jóvenes que tienen ese pensamiento de no estar a gusto en su cuerpo se ven muy reprimidos. No hay quien los apoye ahora, a veces en los mismos cabildos, en las comunidades existe ese machismo que los discrimina. Hemos tenido casos donde los jóvenes han llegado al extremo de quitarse la vida. Pienso que no ha habido un apoyo por parte del cabildo, por parte de los entes de salud, ni desde la medicina occidental ni desde la medicina propia.

Para mí la diversidad de género es lo que uno siente, lo que uno vive, no todos somos iguales. Una vez un taita, un abuelito, me decía que no todos somos iguales ni aún dentro de la misma casa, ni el mismo cuerpo somos iguales. El taita me decía:

“mire los dedos de las manos, ninguno se parece a otro y están dentro de la misma mano. Los cinco dedos que tú tienes son todos distintos. Pero todos hacen falta, si hace falta un dedo pues simplemente va a haber un desequilibrio que va a interferir en muchas cosas”.

Hay que aprender a vivir con eso, hay que entender para que nos entiendan, porque hay veces que dentro de nuestra misma comunidad LGBT nosotros mismos nos discriminamos. La apariencia, la belleza física, por ejemplo, es un elemento discriminatorio que nos impide conocer a la persona por dentro. El ser se basa muchas veces solamente en lo físico. Allí hay un elemento discriminatorio que opera entre nosotros.

Imagen: “MOJIGANGAS”
Querer ser otro - Julieth Morales.
Ritual del pueblo Misak realizado
cada año en el mes de
noviembre. 2022



Imagen: "MOJIGANGAS"
Querer ser otro - Julieth Morales.
Ritual del pueblo Misak realizado cada
año en el mes de noviembre. 2022

“ En la primera reunión un joven decía que él se había ido por eso, decidió abandonar la comunidad para marcharse a la ciudad porque aquí no tenía libertad.”

En la cosmovisión misak estamos superando el machismo, estamos superando el gobierno patriarcal que existía hace muchos años. Ahora la pelea que se tiene que dar dentro de las comunidades es para que nos entiendan y nos acepten, que sepan que nosotros existimos, que estamos aquí y que hacemos parte de las comunidades. Ese es un trabajo muy grande que debe empezar con los niños pequeños en el colegio, en las guarderías, enseñar al niño el respeto, enseñar el valor de las diferencias, que nadie es igual a nadie, pero que aún así todos merecemos respeto, todos necesitamos compartir con todos para poder subsistir. Si todos fuéramos iguales no habría diversidad y el mundo sería uniforme, homogéneo. Eso en verdad no existe. Yo siempre digo que si todos pensáramos igual el mundo sería muy aburrido, no habría nada de que discutir y nada de qué hablar.

Lastimosamente, en los resguardos, en las comunidades indígenas existe mucho machismo. Entre las mismas autoridades se encuentra esa mentalidad patriarcal. En la primera reunión un joven decía que él se había ido por eso, decidió abandonar la comunidad para marcharse a la ciudad porque aquí no tenía libertad. Eso pasa mucho, porque en las comunidades es muy duro sobrellevar ese estigma, es muy duro enfrentar las críticas, enfrentar la burla, enfrentar a toda la comunidad que son la familia, los vecinos, eso es muy duro. Yo creo que en este momento deberíamos cambiar eso. Comenzar a enseñarle a los niños que la diversidad también es un valor, que todos somos diferentes, que todos

somos personas que sentimos, que lloramos, que reímos, que trabajamos y que le aportamos a la sociedad un granito de arena para sacar adelante esto que llamamos comunidad. Debemos enseñarles también que todos podemos ser grandes líderes y que vendrán otros que en el futuro van a aportar a la comunidad. Ese debe ser el principio del respeto hacia la diversidad.

Desde 1980, el pueblo misak ha comenzado esa lucha de descolonización del pensamiento, de recuperación de tierras, de ampliación del territorio. La consigna es recuperar la tierra para recuperarlo todo. Recuperar nuestra cosmovisión, recuperar nuestras tradiciones, nuestros usos y costumbres que se habían visto afectados por la influencia de la Iglesia. Dentro de ese proceso de recuperación está también la lucha de género. La inclusión de la diversidad de géneros para construir comunidad entre todos, porque no se trata de una ni dos personas, somos muchos los que estamos aquí dentro, entonces si se pudiera recuperar eso, si se pudiera incluir ese elemento dentro del plan de vida se ganaría mucho espacio.

Es importante recibir el apoyo de los mayores, porque si los pueblos originarios no empezamos con los mismos mayores, si los mismos mayores no nos dan ejemplo de ese respeto a la diversidad, no entendería cómo se va a ganar el respeto de la gente más joven, porque allí es donde se fundamenta cualquier sociedad: en el respeto. Incluir el tema de la diversidad sexual en el plan de vida del pueblo misak y de los otros pueblos sería muy importante, porque no se trata de un tema aislado, es un tema que se tiene que tratar todos los días. Hay que incluirlo y tratarlo para que las nuevas generaciones sientan más apoyo. Porque precisamente las personas que no han tenido apoyo, que no han sido comprendidas, acompañadas, son las que toman la decisión de suicidarse. ☞

A photograph of Jhon Jota performing on a stage at night. He is wearing a dark blue t-shirt and light blue pants, and is holding a green flag high in his right hand. He has tattoos on his neck and arms. The background is a large, cheering crowd of people, some with their hands raised. The scene is lit with stage lights, creating a vibrant atmosphere.

Jhon Jota

Expresándose desde el Rap

La música es la lucha de todos los días

Jhon Jota en la tarima de ExpoviviR
Foto: Enrique "Kike" Ramirez, 2022

Jhon Jota un artista, joven e indígena, se incorpora a esta edición de la revista Unidad Alvaro Ulcué para presentar otras perspectivas que agregan contenido a las discusiones internas, trazadas para continuar el debate en el marco de la minga hacia adentro.

Su nombre es John Eyder Yatacué Valencia, pero todos le conocen como Jhon Jota, un joven de Toribío que ha hecho del rap su mejor forma de expresión. Autor de rimas que son auténticas crónicas de la vida cotidiana en el norte del Cauca, John Jota se ha convertido en figura relevante entre los jóvenes de la región, pero también de Medellín y Bogotá, que acompañan sus presentaciones alzando las manos y coreando conmovidos cada una de sus canciones.

Tras una infancia llena de dificultades en una de las zonas más golpeadas por el conflicto armado, el encuentro con las culturas urbanas: el graffiti, los tatuajes, el arte de peluquear creativamente a los jóvenes de su comunidad, pero sobre todo la música, le cambiaron la vida. Y a través de ella, Jhon Jota ha logrado redimirse, componiendo unos textos que surgen de las vivencias, el amor y el dolor de una vida curtida a pulso y sin privilegios en las veredas de la cordillera central colombiana, en los que resaltan esos relatos que logran traducir las experiencias de muchos jóvenes como él, orgullosos de ser indígenas nasas, pero que junto a las tradiciones y la belleza de la naturaleza han padecido la violencia sin tregua de las armas.

Precisamente, la lucha por visibilizar a través de la música los conflictos de su territorio, y sus argumentos en defensa de la despenalización del consumo del cannabis –cuya legalización total acaba de ser propuesta por el propio presidente Gustavo Petro– le han ocasionado a Jhon Jota no pocos problemas. En cualquier caso, en una región donde los acuerdos de paz no son más que un documento, y donde las contradicciones al interior de las comunidades atizan la violencia, (“no me la prohíba si usted la cultiva / el abuelo la cultiva / y el vecino la cultiva”) estas discusiones son aquí parte de las luchas de todos los días. En un escenario tan complejo, muchos como Jhon Jota se esfuerzan por hacer realidad sus sueños a través del arte, su única arma de empoderamiento y emancipación.



Este artículo cuenta con contenidos multimedia, búscalos en nuestra página web.

Toriweed

Voz y letra : Jhon Jota

Música: Atila Productions y Galarza Producciones

Y como quieren que no fume si yo vivo aquí
Y como quieren que no lo prenda si crecí aquí
Aquí donde se siembra y se manda pa' todo
el país /Aquí donde me levanto respirando
/ la weed (Bis)

Mi dedicación a la planta que nos identifica
Que en el pueblo critican, no quieren que la
fume / Pero con mucho respeto les digo
Que como hay gente que la siembra
También hay gente que la consume

Así que ármelo péguelo, quémelo y rótelo pana
Que vivimos en la selva más grande de marihuana
Parceros de Cali, Medellín y Bogotá
Lo que ustedes fuman lo cultivamos acá

Hierba natural, sobrenatural,
medicinal, internacional
Todo sale de aquí y si tengo los ojos rojos
Me disculpan, pero no es mi culpa
Lo que pasa es que yo soy de Toriweed

Si, no me la prohíba, si usted la cultiva
el abuelo la cultiva y el vecino la cultiva
Por eso que viva la medicina para el alma
La planta santa y sus poderes que
/ te brindan calma

Y como quieren que no fume si yo vivo aquí
Y como quieren que no lo prenda si crecí aquí
Aquí donde se siembra y se manda pa' todo
el país/ Aquí donde me levanto respirando
/ la weed (Bis)

Dedicado al que lo prende de una forma conscien-
te/ Sin dejar de soñar, sin hacerle daño a la gente
Dedicado también a quien siente la conexión
De la pacha mama con el alma mente y corazón

La mata no mata pero si siembras
/la mata por plata/ Llega una rata que
por la plata te mata/ El pueblo más caliente,
la ciudad perdida / Toriweed, sí, donde las
montañas tienen vida. / Mientras duermes,
tu hijo lo está pegando/ Pero tranquilo, que
/ está fumando lo que estás sembrando

Qué está pasando, entonces ¿Cuál es el proble-
ma? / El que la siembra, el que lo vende o el que
lo quema/ Entonces, ¿qué está pasando? ¿Cuál
es el problema?/ ¿El que la siembra?, ¿el que lo
vende? o ¿el que lo quema?

Y como quieren que no fume si yo vivo aquí
Y como quieren que no lo prenda si crecí aquí
Aquí donde se siembra y se manda pa' todo el país
Aquí donde me levanto respirando la weed (Bis)



Jhon Jota cantando en tarima, Expovivir 2022,
Parque Caldas, Popayán, Cauca, Colombia
Foto: Enrique "Kike" Ramirez, 2022



Mujeres indígenas

Rostros del conflicto armado en el Cauca

Por: Mabel Salas y Eliana Guetio
Pueblo nasa

Tres mujeres nasa a quienes la guerra se les atravesó en el camino
Ilustración: Janssen Sevilla, 2022

El conflicto armado transformó la vida de muchas mujeres indígenas en el norte del Cauca, especialmente en el pueblo nasa, quienes tuvieron que vivir los estragos de un conflicto que no les permitió elegir y les otorgó roles que nunca se imaginaron vivir.

“[...] A los veintitrés años quedé embarazada, cuando estaba en las tropas de los Orientales. Al papá de mi hijo lo mataron en un combate. Yo quería que me hicieran un legrado, porque creía que no era bueno traer un hijo al mundo si no podía criarlo ni estar con él, pero el embarazo avanzó porque no había condiciones para hacerlo. Tuve a mi hijo y a los dos días tuve que entregarlo a unos desconocidos para que se lo llevaran a la familia del papá”
Paula, ex combatiente de las extintas guerrillas de las FARC.*

Cuando hablamos de conflicto armado en Colombia generalmente los actores principales son hombres. Nos referimos a los hombres de la guerra, la carne de cañón que se expone directamente al peligro, misma que suele tener como referencia un cromosoma X y uno Y. Sin embargo, el rol o los múltiples roles que han jugado las mujeres en el conflicto armado, a menudo, son historias que se desarrollan en bajos perfiles y en conversaciones menos públicas, lo cual tiene una clara justificación: las cifras apuntan a que el 51% de las víctimas directas del conflicto armado son hombres, según data el Centro Nacional de Memoria Histórica. Aquí queremos contar la historia de esta otra guerra, la guerra desde las voces de las mujeres indígenas.

El 2 de octubre del 2016, Colombia tenía en sus manos una gran decisión: después de un mes de campaña se decidía si se firmaba el fin del conflicto armado entre la guerrilla de las FARC y el Estado colombiano, mediante un plebiscito. A las cuatro de la tarde se cerraron las votaciones en todo el país, las radios y los televisores estaban encendidos y las cuentas empezaron.

María del Carmen, auxiliar de enfermería, hacía su turno en el hospital de Toribío, Cauca. En medio de jeringas y gasas veía el televisor de rojo esperando los resultados. Al mismo tiempo, en un campamento de Mapiripán en los Llanos Orientales, Paula hacía la rutina de los campamentos generales, seguramente,



Este artículo también se encuentra en nuestra página web.



El plebiscito por la paz en Colombia, citó a muchas personas en todos los rincones del país a las urnas en el año 2016. Ilustración: Janssen Sevilla, 2022.

aunque ella no lo recuerde bien, recogía leña sin tener idea de que afuera, en lo que ella llama la vida civil, estaban tomando una decisión que daría un giro trascendental a su vida.

Por otra parte, Ana María estaba en el hospital de Suárez, Cauca, acompañaba a su hijo a quien trabajando en construcción un bloque de concreto le rompió los huesos del pie derecho. Iba y venía por los pasillos, esperando a que aparecieran los resultados en la pantalla del televisor. Finalmente, los resultados del plebiscito arrojaron un no; a María del Carmen y a Ana María, se les rompió el corazón. Para Paula, por el contrario, el día finalizó con normalidad.

¿Qué tienen en común estas tres mujeres? Las tres son del Cauca, las tres son víctimas directas del conflicto armado, cada una desde su propia lucha y, lo más importante, las tres son mujeres indígenas del pueblo nasa.

Ser mujer indígena dentro de la cosmovisión del pueblo nasa, significa ser parte del equilibrio y la armonía en el espacio. Pero, más allá de esto, representa la fuerza de un pueblo y la pervivencia del mismo. Habitar un territorio que es disputado por los grupos armados, amenaza esta figura de ser mujer social, espiritual y cultural. Cuando los senos empiezan a crecer y las caderas a ensancharse, las mujeres indígenas se convierten en objetivos de los señores de la guerra.

Así lo demuestra uno de los ataques hacia mujeres indígenas más condenado en los últimos años. Durante el 2020, una niña embera de tan

solo doce años, fue violada por ocho militares, si bien es cierto que el caso resonó por todos los medios de comunicación, muchas personas de la opinión pública culparon a la víctima a través de cuestionamientos como ¿porqué una niña de doce años andaba sola? ¿Cómo sabemos si fue sin su consentimiento? Lo que no sabían estas personas es que en las comunidades indígenas, el territorio otorga libertad y no existe la propiedad privada que establece límites, caminar libremente por él hace parte de la cotidianidad de niños, niñas, mayores y mayores.

Por otra parte, poner en duda el testimonio de una víctima refleja la sociedad patriarcal y el racismo al que están expuestas las mujeres indígenas en este país. Es importante resaltar que esta historia sí se contó y, se difundió en la opinión pública y con ello, se buscó el acceso a la justicia; sin embargo, casos como este ocurren a diario en diferentes territorios y se mantienen en silencio e impunidad. Ser mujer indígena en medio de un conflicto armado ha significado ser violentadas sistemáticamente.

“Yo tenía diecisiete años cuando llegaron los paramilitares a Palo Blanco, en el municipio de Suárez, era esa época en la que hacían masacres a plena luz del día. Y así fue, a eso de las doce del mediodía se escucharon ráfagas de plomo y la gente empezó a gritar. “Vienen los paracos”, decía una señora que corría desesperada con el hijo de la mano. Cuando entraron a la tienda que había en mi casa, patearon todo y quemaron algunos víveres afuera. Después mataron a mi

papá porque decían que todos los tenderos le vendían comida a la guerrilla, y siguieron matando a todos los vecinos hombres de allí hacia arriba. A nosotras las mujeres no nos dejaban acercarnos a los cuerpos. Más tarde, cuando el sol ya había bajado y el caserío se había llenado de moscas

por la sangre y el calor, nos sacaron a todas las mujeres de las casas y nos llevaron por allá, a un filito (alto) donde había una caseta. A todas nos tiraron al suelo, a algunas las mataron por mozas y colaboradoras de los “guerros” (guerrilleros), a todas nos violaron hasta casi las cinco de la tarde. El que dio la orden era un comandante al que le decían Caballo, yo me acuerdo clarito de su cara. Cuando bajamos, recogimos los cuerpos de nuestros papás y maridos, todo olía a podrido. Todas teníamos las piernas ensangrentadas, nos dolía y costaba caminar.

Lloramos a nuestros muertos en medio de las moscas y los gallinazos. Yo no me bañé, no lo hice durante tres días hasta que logré bajar al pueblo pensando que tendría justicia, que esto valdría la pena, pero no fue así. Al mes, cuando no me bajaba lo que usted ya sabe, el periodo o la luna, fui a Suárez al mismo hospital que supo que fui víctima de violación y empecé controles de embarazo. A mí nadie me preguntó si yo quería tener ese hijo y aun así lo tuve. No me mal entienda, yo lo quiero mucho, pero nadie me dio otra opción”, Relató Ana María, comunera del resguardo Cerro Tijeras.

“ Ser mujer indígena dentro de la cosmovisión del pueblo nasa, significa ser parte del equilibrio y la armonía en el espacio. (...) Habitar un territorio que es disputado por los grupos armados, amenaza esta figura de ser mujer social, espiritual y cultural.”

“ El conflicto armado en Colombia sigue siendo eso, el lugar hostil que se ensañó con el cuerpo de las mujeres, sus derechos sexuales y reproductivos.”

Al escuchar las historias de cada una de estas mujeres encontramos un punto en común: en la mayoría de ocasiones ellas no han podido elegir y las consecuencias de tener caminos sesgados han sido brutales. El país las ha convertido en madres, hijas, víctimas y victimarias de la guerra; es decir, les ha otorgado roles y papeles que nunca se imaginaron cumplir. El conflicto armado en Colombia sigue siendo eso, el lugar hostil que se ensañó con el cuerpo de las mujeres, sus derechos sexuales y reproductivos. Todas estas situaciones las han llevado a parir, abortar, les ha ligado las trompas, las ha mutilado y les ha convertido sus cuerpos en auténticos botines de guerra.

El conflicto armado cuenta con diferentes actores que construyen la historia desde distintos ángulos, son historias que parecen infinitas. Paula es una mujer excombatiente de las extintas guerrillas de las FARC, aquellas que empuñaron las armas y se fueron al monte, por convicción política o por huir de la realidad en que vivían.

“Yo estaba cursando cuarto de primaria aquí en la institución Educativa Toribío. Una vez me encontré a unos muchachos que llegaron en una camioneta y les dije que me llevaran, ellos me dijeron que no porque era menor de edad; sin embargo, les insistí hasta que me llevaron. [...] Decidí irme porque anteriormente los padres no tenían la mejor forma de educarnos, entonces hubo ciertas cosas en mi familia, maltrato, más que todo de mi mamá, tenía doce años cuando me fui”.

Me llevaron en la camioneta para los lados de Brisas, llegamos de noche. Esa noche me cuadraron la dormida en ese lugar. Allí miré a mi tío y él toda la noche me regañó. Me decía que me devolviera para la casa, que tenía que estudiar; sin embargo, yo le decía que no, que era una decisión que ya había tomado. Él me ponía muchas cosas por delante, me decía que a la mamita cómo la iba a dejar botada, pero yo estaba aferrada a que no me devolvía. Al otro día me llamaron y me preguntaron cuáles eran los motivos por los que me quería ir, me dijeron que me iban a mandar a una casa mientras cumplía los quince años y yo pedí que no. Entonces me recibieron, como habían más nuevos nos empezaron a explicar qué era ser guerrillero. Después de los seis meses tuve una dotación, fue una pistola porque para darme un fusil era muy pequeña, entonces solo con una pistola duré mucho tiempo”.

Paula solo estuvo tres años en el Cauca como guerrillera, hizo parte de la seguridad de Édgar López Gómez, alias Pacho Chino. Luego la enviaron para la emisora por dos años.

“Me mandaron para la emisora que funcionaba en Brisas, en el municipio del Patía, la emisora se llamaba Voces de la Resistencia y el trabajo que nos tocaba era brindarle seguridad a la emisora mientras se realizaba la hora de emisión, que era en horas de la mañana y en la tarde”.

Paula adquirió habilidades mientras se iba formando en medio de camuflados y fusiles, pero su destino empezó a mostrarle otros caminos cuando llegó a los Llanos del Yarí.

“Yo llegue de tropa de base, nos asignaron al Frente 44, a quienes les correspondía cubrir los departamentos del Meta y el Guaviare y así cubrimos el área. El comandante era Albeiro Córdoba, allá se decía que todos los combatientes debían



Paula viajando en medio de las montañas
hacia los campamentos de las FARC.
Ilustración: Janssen Sevilla, 2022.

ser integrales; es decir, debían saber de todo un poquito. Había cursos de sistemas, enfermería, explosivistas y a mí me tocó de radista”.

Básicamente, Paula manejaba el radio con el que se comunicaba con las otras centrales donde se recibían las órdenes u orientaciones.

“Quedé en embarazo planificando, cuando me di cuenta les avisé y llamaron a la enfermera encargada para que rindiera cuentas y ella dio su versión. Mi embarazo fue normal, solo prestaba guardia. En ese momento no quería tener un hijo y entregárselo a otra persona, pensaba si iba a caer en buenas manos. Tuve un parto normal, nos hicimos cerca de una casa donde vivía una partera, ella me atendió el parto en Mocuaré, por el Meta. Tuve a mi hijo dos días conmigo, después lo entregué. Uno sigue normalmente, las personas que eran conocidas de la organización, me dijeron que la señora y el señor iban por el niño, ya estaba preparada psicológicamente. A los veintiséis años volví, cuando empezó lo del proceso de paz nosotros no nos quisimos acoger porque pensábamos que nos iban a matar a todos, entonces nos dejaron ir para la casa. Estuve un tiempo en Bogotá y después me fui a buscar a mi hijo a Puerto Inírida. Él vivía allá con las tías y la abuela. Me lo traje para acá, pero con quien congenió fue con mi mamá. Ya después en la vida civil tuve dos hijos más.

“ Las guerras se caracterizan por eso, por transformar la condición humana, enfocarte en sobrevivir, en buscar y rebuscar, en recordar, reconstruir, volver a pegar, reparar y coser incluso piel, como lo hizo María del Carmen, cuyo oficio fue poner sus manos para salvar vidas, suturar pellejos y ser testigo de cómo la guerra le arrebató los sueños (...)”

[...] A mí me hubiera gustado volver allá, porque me fui siendo niña y tuve una formación militar, a ratos digo que la vida en la civil me ha parecido dura, porque me gustaba la unidad que se manejaba allá entre compañeros. La mayoría de los antiguos manejaban la solidaridad, tuve personas que se convirtieron en hermanos, como yo era tan pequeña di con gente buena, tres personas que las quise como si fueran mi familia”.

La resistencia de las mujeres ante un sistema que naturaliza la violencia que viven a diario ha sido histórica, no solamente aquí, sino en el resto de Latinoamérica y el mundo. La participación de las soviéticas en la Segunda Guerra Mundial de forma activa y, yéndonos más cerquita, la historia de las Residentas, el grupo de mujeres que tras la guerra de la Triple Alianza reconstruyeron Paraguay, operando no sólo con organización militar, sino cultural y social, nos da todo un mapa histórico de las mujeres en el conflicto armado.

Las Residentas se apropiaron del guaraní como lengua propia para que nadie de afuera pudiera conspirar y se encargaron de todos los trabajos que en ese momento se consideraban trabajos de hombres. En Chile, durante la dictadura de Pinochet, las mujeres fueron el rostro de los desaparecidos y aún las mujeres de Calama, familiares de prisioneros políticos cuyos restos fueron enterrados en el desierto de Atacama están buscando los huesos de sus compañeros, esposos, padres y hermanos.



María del Carmen en sus labores de cuidado y sanación a las personas afectadas por ataques guerrilleros en Toribío, Cauca, Colombia. Ilustración: Janssen Sevilla, 2022.

Las guerras se caracterizan por eso, por transformar la condición humana, enfocarte en sobrevivir, en buscar y rebuscar, en recordar, reconstruir, volver a pegar, reparar y coser incluso piel, como lo hizo María del Carmen, cuyo oficio fue poner sus manos para salvar vidas, suturar pellejos y ser testigo de cómo la guerra le arrebató los sueños y la vida a niños y niñas indígenas.

“Cuando tenía veinticuatro años me enviaron al municipio de Toribío. Llegué un 1 de junio de 1984 y dediqué treintaicinco años de mi vida al servicio de la comunidad hasta el 2019. Fui auxiliar de enfermería [...], nos habían dicho que Toribío era una zona muy peligrosa, zona roja. En el tiempo en que llegamos la guerrilla no estaba tan cerca a los caseríos, la policía estaba en las actividades o jornadas de salud”.

María del Carmen nació el 15 de noviembre de 1959 en Santa Rosa, en el municipio de Inzá, Cauca, Tierradentro. Estudió la primaria allí mismo, es la mayor de once hermanos. Una mujer de carácter fuerte y mirada dulce que siempre quiso hacer más en una época donde a las mujeres no se les daba estudio porque se consideraba una pérdida de tiempo, aun así logró llegar a la capital del Cauca para convertirse en auxiliar de enfermería.

Sus ganas de estudiar y aprender cosas nuevas se convirtieron en talento al servicio del conflicto armado y sus estragos, a pesar de que las jeringas, los apósitos y su uniforme blanco ya no la acompañan. Sin embargo, los recuerdos del conflicto permanecen intactos, como el de aquel 14 de abril del 2005, cuando la guerrilla de las FARC atacó de manera violenta con cilindros de gas, descargas de fusil y ametralladoras al municipio de Toribío, convirtiendo el pueblo en

“Según el informe de Madeja y el Tejido Defensa de la Vida de la ACIN, en el año 2021, 272 menores fueron reclutados forzosamente, de esos, el 80% son niñas, lo que indica que fuera del círculo de las armas (...), las mujeres indígenas siguen siendo quienes sistemáticamente llevan la peor parte (...)”

un campo de batalla, pues la policía respondió con artillería y granadas de fusil.

En estos enfrentamientos le quitaron la vida a un niño de nueve años y puso en riesgo la de veintisiete personas más, entre los que se encontraba su sobrino de tan solo once años.

“Ese día yo no estaba de turno, pero así no estuviéramos llegábamos todos acompañar cuando había alguna urgencia. Allí estábamos a lo que nos tocará. Ese día le había dicho a mi hermana que no se llevara el niño para allá, pero después me dijeron que el niño estaba herido”,

Recordó María del Carmen, quien rompió en llanto al recordarse este duro episodio. Aquel día fueron víctimas de una granada mientras se resguardaban en la casa comunal del barrio El Coronado, en Toribío. Entre los heridos curiosamente se encontraba la madre de Paula, sin saberlo, el conflicto armado unía la historia de estas dos mujeres.

“Es muy duro ver a la familia, uno con la familia también llora, porque después de que todo eso pasaba a nosotros los funcionarios no nos preguntaron cómo estábamos. Y es que nosotros también llorábamos cuando esto sucedía.


Ver los destrozos del ser humano me marcó siempre, nada justifica que se realicen estos actos”, Mencionó María del Carmen.

Con el paso de los años el conflicto armado se convierte en una línea divisoria, un antes y un después en la vida de quienes se ven afectados. A los diecisiete años, antes de la masacre de Palo Blanco, Ana María cargaba una mochila llena de flautas e iba a todos los rituales haciendo sonar su flauta. Ella esperaba, con los años, enseñarles a todos los niños del territorio ese don que había adquirido. Paula se imaginaba alrededor del mundo, coleccionando recuerdos y experiencias, conociendo culturas y sabores. Y María del Carmen quizás en un quirófano o investigando, colocando su talento al servicio de todos los que lo necesitaran, no solo para los destrozos humanos que dejaban las balas. Ninguna pensó que su futuro iba a depender del contexto en el que nacieron y crecieron. Hoy ya no son heridas lo que cargan, son cicatrices que muestran a sus hijos e hijas para quienes esperan no haya esta línea trazada con sangre que decida por ellos.

El 2 de octubre de 2016, Colombia dijo no al acuerdo de paz; sin embargo, meses después se firmó contra todo pronóstico. Aunque al principio pareció funcional y contó con logros importantísimos para las mujeres de los territorios, como el enfoque de género, con el tiempo su implementación no fue efectiva. La violencia por parte de nuevos actores armados y de disidencias siguió haciendo estragos en Colombia y el norte del Cauca. Según el informe de Madeja y el Tejido Defensa de la Vida de la ACIN, en el año 2021, 272 menores fueron reclutados forzosamente, de esos, el 80% son niñas, lo que indica que fuera del círculo de las armas y dentro de él, las mujeres indígenas siguen siendo quienes sistemáticamente llevan la peor parte de una historia que se repite como un espiral infinito.



Ana María en su territorio,
caminando hacia los rituales.
Ilustración: Janssen Sevilla, 2022.



La lucha de los otros hijos de la madre tierra

Por: Ronald Melenge Meneses
Pueblo kokonuko



¿Qué ha cambiado para otros seres que habitan nuestros territorios con la liberación de madre tierra? Esta es una historia de reflexión desde el pueblo kokonuko sobre la interacción que tenemos con los espíritus mayores y los animales en cada uno de nuestros territorios.

La historia contada desde nuestros ancestros nos dice que la lucha de sangre y muerte por el territorio ha sido una de las más difíciles. Los últimos cincuenta años hemos avanzado en lo que denominamos la “liberación de la madre tierra”. Sembrar en ella los alimentos y no pagar terraje fueron algunos de nuestros primeros objetivos. Poco a poco comprendimos que al recuperar nuestro territorio, recuperamos nuestras tradiciones y nos aproximamos a un buen vivir comunitario. Pero ¿qué ha pasado con esos otros seres de la naturaleza que viven en nuestros territorios? ¿Cómo se encuentran? ¿Cómo les ha beneficiado estos ejercicios de liberación? Esta es una historia en la que uno de nuestros espíritus mayores, a través de los ojos de un cóndor, ve nuestro territorio y nos cuenta lo que observan con el andar del tiempo.



No tengo memoria del momento de mi creación, pero he estado en el transcurrir de infinidad de lunas, he visto cómo la manifestación natural de los elementos ha hecho que la vida pueda prosperar a su propio ritmo, cada hijo de la madre tierra ha tenido su espacio territorial, la vida ha mantenido su balance, lo he vivenciado gracias a mis grandes alas que me permiten recorrer y ver grandes distancias de este territorio. Todo tenía un mínimo equilibrio hasta que vi lo impensable...

Un llamado a la batalla escuché, es un zumbido que viene de un cacho. Me dirigí hasta el lugar donde provenía y vi una lucha, los habitantes de este territorio se enfrentaban a otros seres que no había visto antes. La batalla se volvió sangrienta, tanto que al final sometieron al habitante de estas tierras. Intuyendo lo que iba a venir, los otros hijos de la madre tierra, los animales que estaban viendo la batalla, se retiraron a lo más profundo del territorio.





Muchas lunas caminaron por el firmamento. Cambió el territorio que ancestralmente era próspero. Los hermanos que al principio resistieron fueron obligados a trabajar de forma esclavizada en su propio territorio. Pero cada día que pasaba sentían que no era justo y su disgusto iba creciendo como los ríos con las fuertes lluvias. Hasta que llegaron a un punto donde rompieron las barreras y recuperaron lo que les pertenecía. De este malestar nació el proceso de recuperación de la madre tierra y así inició otra dura batalla de la que poco a poco saldrían victoriosos.

Los recién llegados, por la ambición material, arrasaron con todo lo que les diera resistencia, peor que un voraz incendio en las más grandes sequías. Así nuestro entorno natural fue cambiando radicalmente. Mataron y esclavizaron a todos nuestros hermanos de la madre tierra, poco a poco fueron conquistando territorios y los distribuyeron a su conveniencia. En su lengua originaria les llamaron terratenientes.

Al principio, los otros hijos de la madre tierra pensaron que con esta recuperación todo iba a volver a ser como antes, pero no fue así, todo siguió igual. Siguieron las costumbres dejadas por el terrateniente: desalojo y repartición de la tierra para producir lo que beneficiaba al hombre y la mujer, y cuando el hambre obligaba a los otros hijos de la madre tierra a entrar en sus cultivos, el castigo siempre fue la muerte.





Lo que me ha demostrado la sabiduría es que la memoria de estos hermanos no se da por vencida, vive en la oralidad y prácticas que vienen desde el origen de su pueblo. Esto les ha enseñado que todos tenemos conexión con la madre tierra y merecemos recibir sus bondades. Es así como en sus territorios, parcelados, comparten parte de sus cosechas para conseguir la armonía en este territorio.

Aún en algunos territorios los cazadores actúan sin control explotando y desequilibrando la armonía de la naturaleza. Salen en luna nueva o en luna llena y no respetan los tiempos de descanso que necesita el territorio para volver a producir. La caza ancestralmente estuvo presente, hace parte de la ley natural, pero ahora se usa de forma incorrecta, acabando con nuestros hermanos.



La injusticia que ellos vivieron, nosotros aún la padecemos. Por eso nos indignamos y todos los seres que vivimos en la montaña nos manifestamos, nos juntamos y los espantamos para que se vayan más allá del poco territorio que aún nos queda. No queremos hacer daño, solo usamos nuestra energía para sobrevivir e intentar recuperar el equilibrio.





Se escucha a lo lejos que están haciendo un llamado a la asamblea. Allí están reunidos los hermanos que ahora llaman indígenas. Hablan sobre la protección de la madre tierra y la protección al medio ambiente. Mientras me acerco y les escucho cómo planean proteger los territorios de otras amenazas, no encuentro ideas sobre la protección de los otros hijos de la madre naturaleza y los seres espirituales que estamos aquí, incluso en medio de la asamblea, se maltrata a los animales domesticados. ¡Esto no puede seguir así!



Hemos decidido juntarnos y hacernos escuchar en la gran asamblea de la vida y el territorio. Si ese es un espacio de escucha y diálogo, esperamos que ahí nos den la posibilidad de manifestarnos para definir cómo hacer para que lo que llamamos liberar la madre tierra también nos vincule a nosotros.



Continuará...

Esta es una historia que surge a partir de una investigación realizada al interior del pueblo kokonuko, en la que encontramos varias problemáticas en torno a la extensión de monocultivos de papa, fresa y otros productos que usan grandes cantidades de agro tóxicos para su producción; así mismo, el incremento de la ganadería extensiva que invade espacios sagrados como los páramos, donde habitan los osos de anteojos, hermanos que desde el 2001 cuentan con una política nacional de conservación, dado su alto riesgo de extinción. En esta misma situación se ubica la danta y el puma, según lo indica el Fondo Mundial para la Naturaleza de Colombia –WWF Colombia–. Todas estas acciones provocan desequilibrio en nuestros territorios y nos invitan a reflexionar sobre lo que hacemos para defender esta tierra, no solo para los humanos, sino también para aquellos otros con los que convivimos.

Aún en nuestros planes de vida y nuestras políticas como indígenas kokonuko, no se encuentran mandatos específicos que aborden debates sobre las acciones que hemos venido realizando durante mucho tiempo y que afectan a animales y seres espirituales, hermanos que se encuentran muy cerca de nosotros.

La armonía del territorio podrá darse en el momento en que nos conectemos de nuevo con el sentido de compartir este espacio y volvamos a lo que nuestros mayores y mayoras identificaban como condiciones básicas para el buen vivir. La lucha dentro de la lucha es esta, reconocernos como seres que comparten su territorio y que tienen una tarea concreta, organizarnos para que la armonía y defensa territorial vincule de forma directa a los hermanos naturales y espirituales con los convivimos.



Pishintø Waramik

(Vivir en equilibrio)

Por: Tania Victoria Urrutia Hoyos
Néstor Javier Muelas Calambás
Pueblo kokonuko
Pueblo Misak



Ceremonia ofrenda al agua
Pi Musikwan Unwa Chip
Foto de: Asociación Jardín
Botánico Las Delicias, 2022

La creciente población en el territorio misak ha traído consigo múltiples cambios en torno a las condiciones de vida y sus sistemas de producción, este es un artículo en el que abordamos esas transformaciones en relación con los espíritus mayores del agua y del territorio.

Namui pi usriwan wetøaship, taptø atrup taptø ip namui pirøwan, namui nupimeran, pikap meran srølyu kutri unkua tamik køpik køn nupirau wan: me reconecto con el agua que fluye en el territorio. Cada río, cada quebrada, es la raíz de nuestro espacio.

Ubicados en la cordillera central del departamento del Cauca, en el municipio de Silvia, entre los køtrakmera (páramos) Las Delicias, Las Moras, Los Altos de Río Claro y Quintero a 3600 m.s.n.m., rodeados de lagunas, ríos y ojos de agua que alimentan el Río Piendamú se encuentra el territorio misak. Este espacio, vientre donde germinan gran cantidad de semillas, bañadas en venas de aguas que se entretajan en lo subterráneo y en la superficie, también es un territorio en el que desde hace varios años los hijos e hijas del agua, indígenas misak, desarrollan producciones ganaderas, piscícolas y agrícolas.

El pueblo misak bajo su ley de origen ha demostrado su estrecha relación con el agua, pues de la unión entre dos lagunas de su territorio y grandes derrumbes de tierra, es que se da el origen de este pueblo indígena que de generación en generación, ha estado en crecimiento, lo que ha provocado una estrechez territorial, produciéndose así un desequilibrio por la ocupación de espacios sagrados como los køtrakmera (páramos) con la expansión de la frontera agrícola y los asentamientos en las orillas del Río Piendamú. Este crecimiento de población forzó a la comunidad a buscar otras alternativas de sobrevivencia. Unos emigraron a otros departamentos en Colombia, otros buscaron alternativas frente a las dinámicas económicas del territorio, cambiándolo poco a poco. La práctica más común durante la década de los noventa fue el cultivo de amapola que se utilizaba para la elaboración de estupefacientes, lo anterior conllevó al surgimiento de problemáticas, tales como: el desequilibrio social y la pérdida paulatina de las prácticas de cultivos tradicionales como la cebolla, el ajo y las plantas medicinales, propios del territorio.

Durante el año de 1997 el gobierno nacional, en cabeza del presidente Ernesto Samper, llegó a unos acuerdos con la población misak, quienes de forma voluntaria decidieron erradicar la amapola a través del programa denominado *Guambia Sin Amapola*, con el cual pretendían solucionar la problemática; sin embargo, este objetivo no fue cumplido en su totalidad, pero posibilitó que sus habitantes dieran apertura a otras formas de subsistencia.

El ingreso de estas prácticas de producción agrícola en los territorios fue bien recibido por la comunidad, se instauraron proyectos piscícolas, monocultivos de fresa y papa que se expandieron y llegaron para quedarse, brindando soluciones relativamente rápidas a las problemáticas económicas de la población. “En la actualidad, existen alrededor de 190 establecimientos de cultivo de trucha en Guambia”, comenta el taita Luis Muelas, productor y asociado de la Asociación Multiactiva de Productores Agropecuarios Misak –AMPROCAM–, una de las asociaciones productivas de este territorio; así entonces, la acogida de los cultivos se extendió a varias familias dando respuesta al aumento de la demanda de este tipo de productos.

Sin embargo, el territorio ha sentido el mal uso y la explotación excesiva de la tierra, los monocultivos generaron una dependencia de productos agrícolas y pecuarios tales como insecticidas, abonos químicos, alimentos concentrados y semillas modificadas genéticamente.

Estas nuevas prácticas solucionaron problemas económicos, pero en el fondo dejaron secuelas irreparables en el territorio, según comentan algunos de los habitantes del sector, quienes identifican la pérdida de especies nativas de fauna y flora de los ríos, aparición de nuevas enfermedades en plantas y personas por causa de las fumigaciones, así como también la desaparición paulatina de prácticas de cultivo en el *ya tul* (huertos tradicionales) y la más importante, la desconexión con el espíritu del agua.

“ Estas prácticas solucionaron problemas económicos, pero en el fondo dejaron secuelas irreparables en el territorio, según comentan algunos de los habitantes del sector, quienes identifican la pérdida de especies nativas de fauna y flora de los ríos, aparición de nuevas enfermedades en plantas y personas.”

Manifiesta Carolina Calambás, comunera misak, artesana y cultivadora, que: “Siempre se compra las ovas (semilla de trucha) porque regresar a lo de antes, cultivar lo propio del territorio, tiene sus desventajas, pues lo de acá se demora en su crecimiento. Para cumplir una demanda del mercado se debe acelerar el proceso y debe estar listo entre siete y ocho meses. La piscicultura se trabaja en familia, para noso-

tros más o menos es rentable porque a veces se pierde a veces se gana dependiendo del cuidado que uno tiene y también porque el agua del río, ya está contaminada y eso siempre afecta a los alevinos con hongos lo que provoca mayor mortalidad de la trucha”.

Para el año 2011, se realizó una caracterización ambiental en el resguardo de Guambía a cargo de comuneros misak, que evidenció algunas problemáticas:




Recorridos territoriales del proceso de Wika Yah, en el territorio de Guambia, Silvia, Cauca. Foto de: Proyecto Wika Yah, 2022

“en este caso se mostró la situación del agua, el descuido que le habíamos hecho desde la parte espiritual, la expansión agropecuaria, la desaparición de ojos de agua, quema y tala de bosques, prácticamente Guambia estaba en un contexto que no se había conocido antes”,

Menciona el gestor ambiental Danny Alexander Tumiña, uno de los coordinadores del proyecto Wika Ya y participante de dicha caracterización.

La intervención de los habitantes del sector continuó y se presentaron más conflictos en torno al medio ambiente como: sequías, minería y aumento de asentamientos en sitios sagrados. Paralelamente se empezaron a gestar actividades para la defensa del agua que involucraron siembra de árboles, mingas y alianzas entre comunidades. Muchas de estas iniciativas son lideradas

por jóvenes y guiadas desde las shuras (abuelas) y shures (abuelos) para reorientar el legado, tal es el caso de una iniciativa liderada por el taita Javier Calambás, uno de los pioneros del proceso de recuperación de tierras, quien desde 1999 comentaba que los páramos, lagunas, ojos de agua y montañas no son para cultivar, sino para proteger y estar en armonía; así lo manifestaba constantemente en los encuentros de palabra que realizaba en su territorio. En algunos de estos espacios, con la visita de dos isik-ørik (traídos del viento), quienes se encontraban realizando procesos de investigación en el territorio, surgió la idea de instaurar un jardín botánico. Sandra Cecilia León, antropóloga y magíster en estudios ambientales y Gustavo Gonzales, realizador de cine, televisión y guionista junto a la comunidad de Nuyapalø, apoyaron el inicio de esta idea: “nació por la misma magia del pishimisak, hilando y tejiendo esta historia”, comentó Sandra, cofundadora de lo que hoy se conoce como la Asociación Jardín Botánico Las Delicias para la conservación de pírøusrik (madre tierra).




Esta organización socio ambiental integrada por indígenas misak, campesinos e isik-ørik (traídos del viento), tiene como objetivo potenciar la participación de la población rural en la conservación de la naturaleza y en la toma de decisiones responsables que busquen cuidar los territorios ancestrales, los valores y los conocimientos vitales para establecer el equilibrio en la madre tierra, así entonces, se le denomina øsik waramik purø tapchik en idioma namtrik, lo que en castellano se puede traducir como: escuela viva de la naturaleza.

Yoli Muelas Calambás, docente de la Institución Educativa Mama Manuela del resguardo de Guambía, es gestora ambiental y asociada al jardín botánico; por su experiencia en este proceso, comenta lo que ha significado para ella:

“siempre digo que se debe iniciar desde cada uno y eso es lo que estamos fortaleciendo desde cada familia, la apropiación de nuestras semillas, consumo de comidas propias. También en investigación y apropiación de nuestras tradiciones desde la espiritualidad o cosmovisión misak. Finalmente en el cuidado de nuestro territorio para la pervivencia como cultura mediante la palabra que se comparte en las familias sobre vestirnos y pensar como misak, practicar y sentir la espiritualidad, siembra de árboles, construcciones físicas que no afectan a nuestra salud y rescate de nuestros tejidos”.

Otra de las iniciativas realizadas para la conservación del territorio es el Programa Ambiental del cabildo de Guambía, creado en el 2011 a partir de la identificación de problemáticas ambientales críticas que atravesaba el Nupirø, con esta propuesta se abrió un camino para impulsar acciones y alternativas para mejorar esta situación. Durante el 2012 se ejecutaron acciones en torno a la problemática y para ello se realizó una cartografía social mediante



“ La utilización de herramientas técnicas como la caracterización socio ambiental, realizada en conjunto con la comunidad, evidenció la crítica situación de los páramos, las cuencas hidrográficas y la afectación a la fauna del lugar”

Comunero Misak, en ritual de refrescamiento a las semillas.
Foto de: Asociación Jardín Botánico Las Delicias, 2022



Palabreo al rededor del Nakchak,
lugar Tulampiya(casa de encuentro)
Asociación Jardín Botánico
Las Delicias
Foto de: Nestor Javier Muelas,
Asociación Jardín Botánico
Las Delicias, 2022

“ Siempre digo que se debe iniciar desde cada uno y eso es lo que estamos fortaleciendo desde cada familia, la apropiación de nuestras semillas, consumo de comidas propias. También en investigación y apropiación de nuestras tradiciones desde la espiritualidad o cosmovisión misak. Finalmente en el cuidado de nuestro territorio para la pervivencia.”

recorridos con la comunidad. En este año surge el conflicto con la Corporación Autónoma Regional del Cauca –CRC–, sobre la concesión de aguas superficiales de la cuenca del río Molino, ubicada en la zona del Chimán, dentro del resguardo de Guambía, para ser usadas por el acueducto municipal de Silvia. Ante esta situación, se acudió al consejo de mayores y mayores para la toma de decisiones. A partir de ahí, se inició un tipo de alianzas con la institución y la comunidad, que permitiría en un primer momento aislar los lugares de nacimientos de agua.

Según Danny Tumiña, “nos empoderamos del agua, de los espacios de vida del agua. Este es un momento importante que da apertura para un ejercicio pedagógico hacia la comunidad en el reconocimiento de la riqueza natural presente. La utilización de herramientas técnicas como la caracterización socio ambiental, realizada en conjunto con la comunidad, evidenció la crítica situación de los páramos, las cuencas hidrográficas y la afectación a la fauna del lugar, especialmente, la situación del oso de anteojos”.

Con el objetivo de visibilizar esta situación en el 2014, el Programa Ambiente de Vida pasa a llamarse Wik Ya (la casa del oso de anteojos), como un llamado para seguir en la protección del territorio.

Estas dos iniciativas de tejido de vida se juntaron para seguir en el proceso de cuidado al territorio. Wik Ya y la Asociación Jardín Botánico Las Delicias han realizado acciones conjuntas frente al cambio climático, pues consideran que es importante mingar para salvaguardar la tierra y eso solo lo lograrán si afianzan sus alianzas y convenios colaborativos, ya que identifican que desde el aprendizaje y el cuidado se abren espacios de diálogo, reflexión y acción para retomar la conexión con los espíritus del agua y del territorio.

Ley de origen del pueblo misak:

En nupirø (gran territorio) donde habita el espíritu del agua (pi musik), cuando se conectaron los espíritus pi (agua) y nak (fuego, sol) nació el køshømpøtø (arcoíris), que con su brillo se posó sobre las lagunas Nupisu (macho) y Ñimpi (hembra), ahí sus franjas multicolores transportaron la semilla de la creación enlazando las energías. Las aguas crecieron y un gran derrumbe desbordó las lagunas y quebradas, parió la tierra desde el útero del territorio. El derrumbe arrasó con lo que se encontró y desde el gran lodo pabø (menstruación) proveniente de las entrañas de kørrak (páramo) brotaron numisak (niños recién nacidos) enchumbados con el saber tradicional, ellos se desplazaron y río abajo fueron recogidos por una pareja: pishimisak (hombre en equilibrio) y kallim (deidad) primeros habitantes creados por pi (agua) en equilibrio piurek (hijos de agua).

ZONA 10: Pueblos Indígenas de la Amazonía Caucana

Por: Yoslani Gutierrez,
Melizza Quinayás,
Antonio Palechor Arévalo
Pueblo yanakona

Amanecer en territorio de la Zona 10.
Foto: Antonio Palechor Arévalo, 2022.

Indígenas Ingas, Yanakonas y Emberas Chamí de la Bota Caucana, cuentan la historia de sus luchas por la supervivencia en el territorio y por ingresar al CRIC.

Mientras arreglaban los cambuches de dormir para retornar a casa, hombres y mujeres de la media y baja Bota Caucana dejaban escapar sus lágrimas con rabia y tristeza porque, una vez más, su intento por hacer parte oficialmente del Consejo Regional Indígena del Cauca se aplazaba, pese a tener su aprobación desde el XV Congreso realizado en el resguardo de Rioblanco, entre el 25 y el 30 de junio del 2017. Cuatro años después, en el XVI Congreso en Mosoco, en el municipio de Páez, que sesionó entre el 7 y el 11 de agosto del 2021, la historia se repetía y se anunciaba la revisión de esa petición en un periodo de seis meses. Fue toda una lucha obtener ese reconocimiento, recuerda Cristobal Bahos, consejero mayor de la Asociación de Cabildos Indígenas de los municipios de Santa Rosa y Piamonte, también conocida como la Zona Diez o *Tandachiriduwasí*, que en idioma kichwa ingano significa: “todos en un mismo territorio”.

Esta historia comenzó hace más de doscientos años, cuando llegaron los primeros pobladores a la baja Bota Caucana, unos en busca de nuevos territorios por la estrechez en que vivían en sus zonas de origen, otros huyendo de la violencia y otros en la aventura de buscar nuevas formas de vida. Son indígenas de las etnias inga, yanakona, nasa y embera chamí, que poco a poco se agruparon en Juntas de Acción Comunal, luego en cabildos, constituyeron resguardos y ahora en la Asociación que los representa.

“La hierba y los árboles eran diferentes, había unas palmas muy altas con unas pepas rojas y verdes, se trataba del chontaduro que en nuestras tierras del macizo colombiano no existen”, afirma doña Adelinda Quinayás, al contar la forma como llegaron a tierras de la Bota Caucana. Adelinda, una mayora con la tez cobriza y ajada por el paso de los años, llegó por carretera en 1977 al territorio de Santa Marta, utilizando la vía Almaguer-El Bordo-Pasto y Mocoa. La vía desde Pasto hasta Mocoa era una trocha con muchos abismos, por lo que a partir de allí le tocó caminar; no sabían que después de salir del Macizo Colombiano retornaban al mismo departamento del Cauca pero por otra ruta.



“ Esta historia comenzó hace más de doscientos años, cuando llegaron los primeros pobladores a la baja Bota Caucana, unos en busca de nuevos territorios por la estrechez en que vivían en sus zonas de origen, otros huyendo de la violencia y otros en la aventura de buscar nuevas formas de vida.”

Otros lo hicieron tomando la ruta San Sebastián - Santiago y Santa Rosa, para luego tomar un camino de herradura que conduce hasta el sitio Descanse, hoy perteneciente a las comunidades indígenas yanakonas. Desde allí bajaron a Yunguillo, un resguardo inga, luego hasta al municipio de Mocoa, en el Putumayo, para finalmente retornar al departamento del Cauca por la ribera oriental del río Caquetá.

Estas dos rutas las hicieron los comuneros yanakonas, especialmente los del resguardo de Kakiona, en el municipio de Almaguer; las familias de don Libio Chicangana, de Gumercindo y de Gentil Quinayás, entre otras. De estos grupos familiares, unos se quedaron en el sitio Descanse, ubicado a unas doce horas a pie hasta la cabecera municipal de Santa Rosa y a similar distancia de Mocoa, mientras que otros llegaron a la vereda Santa Marta, donde encontraron tierras a precios económicos para reiniciar una nueva vida. Comenta don Libio Chicangana, quien fue uno de los primeros en llegar a ese nuevo territorio:

“Fue muy difícil porque aquí, aunque la tierra era bastante, no producía lo mismo que en Kakiona. Acá la tierra da cosecha unos tres años y después toca dejarla. En cambio, en Kakiona se siembra y se cosecha todo el tiempo”.

Ellos emigraron de su territorio debido a la violencia:

“Había mucha violencia, la gente empezó a matarse, a robarse el maíz o el café en la mata; por eso, en 1977, Santos Majín, Víctor Chicangana, Conrado Chicangana y Noé Chicangana determinamos salir con las familias hacia la vereda Santa Marta”,

Dice don Gumercindo Chicangana, quien asegura que todo lo que han logrado ha sido el fruto del esfuerzo y el sacrificio en medio de la pobreza.

“En 1991, en medio de una fiesta tradicional, tuvimos un problema con el Cabildo de Mocoa, y un señor que se llamaba Julio Juajibioy nos orientó para que conformáramos un cabildo propio, cuando no sabíamos ni siquiera a qué etnia pertenecíamos. Para conformar el resguardo, don Sabas Quinayás, que era inspector de policía, colaboró en conseguir las fincas, aunque después se retiró para convertirse en colono y hasta nos quería tumbar la resolución de reconocimiento”,

Recuerda don Gumercindo, primer gobernador de Santa Marta.

Por su parte, los integrantes del pueblo inga, que hacen parte de la zona Tandachiriduwasi, llegaron inicialmente del Ecuador—hace aproximadamente doscientos años—, unos por la zona andina y otros por la parte plana. Al territorio de la Bota



Caucana lo hicieron hacia 1920. El ingreso lo hicieron por caminos de herradura desde el Valle de Sibundoy hasta Mocoa, en el departamento del Putumayo, luego por trochas hasta el río Caquetá, que delimitan con los departamentos de Cauca y Putumayo. Unos caminaron por la ribera del río y otros se aventuraron en balsas elaboradas con madera que impulsaban con palos hasta llegar al territorio que en esos tiempos se llamaba El Coquero, ubicado sobre la ribera del río Caquetá, a trece kilómetros en la vía que de la comunidad de Condagua conduce a Yunguillo, en el departamento del Putumayo. Los primeros en llegar fueron Narciso Mutumbajoy y su esposa Josefa Chindoy, Apolonia Mutumbajoy, Buenaventura Mutumbajoy, Elías Mutumbajoy e Israel Becerra; recuerda Ivan Chindoy, quien nos habla mientras intenta atrapar un sábalo para el almuerzo en aguas del río Caquetá.

Territorios de la Zona 10 y sus paisajes rodeados de la amazonia Colombiana. Foto de: Autonomías territoriales, 2da temporada, 2020.

“Al principio vivían de la cacería y la pesca, luego optaron por dedicarse a la agricultura sembrando plátano, chiro, yuca y rascadera. Celebraban el carnaval en el mes de febrero, en una fecha impuesta, porque la verdadera se hacía en el mes de junio”,

Afirma Iván Chindoy, quien ha heredado esta información de sus ancestros. El primer intento organizativo lo hicieron en 1982 con el apoyo de la Prefectura Apostólica, con la creación de una escuela para atender a los niños. La construcción de la sede se hizo al otro lado del río, siendo Angel Mojomboy su primer director. Iván Chindoy comentó que

“la puesta en marcha de la escuela también originó el cambio de nombre de El Coquero por el de Tandarido, que significa unidad. Algunas personas creían que se le llamaba El Coquero porque cultivaban coca y por eso se hizo ese cambio”.

En 1989, cuando una niña estuvo a punto de morir en el naufragio de una balsa, se determinó el cambio de lugar de la escuela. Una de las principales dificultades para la comunidad es el paso de caudalosos ríos a través de cables de acero, de los cuales se cuelgan con una manila que denominan “tarabitas”. Ese mismo año se empezó a pensar en la creación de un cabildo dependiente del resguardo de Yunguillo. La iniciativa se concretó en 1990, cuando Víctor Chindoy fue elegido primer gobernador. Pasaron por ese cargo varios dirigentes comunitarios que se unieron a la iniciativa de crear una Asociación de Cabildos para luchar unidos por su territorio.

Nuevas familias de este territorio crearon otro cabildo dependiente de Yunguillo al que denominaron San Carlos. Lo mismo hicieron los pobladores de Mandiyaco, quienes ingresaron primero por el río Caquetá y luego por el río Mandiyaco hasta asentarse en medio de la selva húmeda, al igual que los comuneros de la comunidad de Sumayuyay y Richarikuna. Estos últimos, ubicados en la ruta de Mocoa a Pitalito, llegaron al territorio por carretera, siendo una de las comunidades recientemente conformadas que cuentan con su respectivo cabildo.

Una historia muy parecida tienen los comuneros ingas del resguardo de Mandiyaco. Allí, las cuatro primeras familias que habían llegado hacia 1930, permanecieron bajo la orientación de una Junta de Acción Comunal hasta 1992, cuando se organizan como cabildo, eligiendo a Gabriel Garreta como su primer gobernador. Luego vendría una lucha permanente para obtener el reconocimiento oficial que por fin se logró con la Resolución 006 del 22 de julio del 2005, del Ministerio del Interior.

“Una de estas amenazas era el plan de exploración y explotación de yacimientos petroleros y minerales preciosos que existen en la región. Fue el inicio de actividades por parte de Ecopetrol en la zona limítrofe entre los resguardos de Santa Marta y Mandiyaco lo que motivó a estrechar las relaciones entre estas dos comunidades.”

Por su parte, la comunidad embera chamí procede del centro-occidente del país. Ella llegó al municipio de Piamonte hace unos seis años, huyendo de la ola de violencia que se presentaba en la zona rural del departamento de Caldas. “Inicialmente mataron a varios familiares, luego a mi esposo y las amenazas se mantenían contra todas las familias”, cuenta Graciela Aciágame, quien explicó que a través de una amistad de Piamonte determinaron aventurarse a vivir en una región totalmente desconocida.

“Vendimos algunas de las cosas y con esa plata llegamos a Piamonte, donde

compramos una tierrita para vivir. Allí algunos vecinos nos dieron posada mientras nos ubicábamos y ahora ya estamos organizados en comunidad”.

Los embera chamí se integraron primero a la Asociación de Cabildos y luego al Consejo Regional Indígena del Cauca en un proceso iniciado



por ingas de Mandiyaco y yanakonas de Santa Marta, gracias a su colindancia y a compartir dificultades y potencialidades.

Hacia 1989, en Santa Marta, y con el fin de obtener apoyo para la atención médica, la comunidad determinó sumarse al cabildo Kamentzá, de Mocoa, donde permanecieron cuatro años haciendo parte de la Organización Zonal Indígena del Putumayo. De allí se retiraron por diferencias de origen étnico y otras discrepancias surgidas con las directivas en el manejo de las ayudas que llegaron para sus filiales. Tomaron entonces la decisión de luchar por un cabildo propio, algo que finalmente lograron en 1991. Gumercindo Quinayás Astudillo, quien ya se había desempeñado como presidente de la Junta de Acción Comunal, fue elegido su primer gobernador. Desde entonces, hicieron parte del Cabildo Mayor del pueblo yanakona y del Consejo Regional Indígena del Cauca; sin embargo, al

La guardia indígena de la Zona 10 es un proceso que se ha ido consolidando con los años. Foto de: Autonomías territoriales 2da temporada, 2020.

estar muy distantes de los territorios ancestrales yanakonas, en el Macizo Colombiano, tenían poca relación con sus comunidades de origen.

Años después, ante las amenazas latentes, gobernadores y dirigentes de los cabildos constituidos empezaron a juntarse para defender el territorio. Una de estas amenazas era el plan de exploración y explotación de yacimientos petroleros y minerales preciosos que existen en la región. Fue el inicio de actividades por parte de Ecopetrol en la zona limítrofe entre los resguardos de Santa Marta y Mandiyaco lo que motivó a estrechar las relaciones entre estas dos comunidades.

De allí surgió la idea de conformar una Asociación de Cabildos del municipio de Santa Rosa, para enfrentar estos y otros problemas que tiene la región. Luego de muchas reuniones y conversaciones al interior de cada comunidad lograron constituir la Asociación. Entre tanto, se iniciaban las conversaciones para que este grupo de cabildos, ocho en total, que desde sus comienzos ya participaban en las actividades convocadas por la organización, fueran aceptados oficialmente como parte del Consejo Regional Indígena del Cauca. Inicialmente, la asociación se conformó con los cabildos yanakonas de Santa Marta y Descanse, así como los inga de Mandiyaco, Sumayuyay, Richarikuna, Tandarido, San Carlos y San José de Descanse. Posteriormente, desde el municipio de Piamonte solicitaron su inclusión los cabildos inga Alto Suspizacha y Cauca Papungo, así como emberá chamí y nasa de Bajo Suspizacha. En Piamonte existen también los cabildos de San Gabriel, Ambiwasi, Aukawasi, San José del Inchiyaco, Sindagua, La Floresta-La Española, Las Brisas, San Rafael, Guayuyaco, Musurru-

“ Por fin, después de las discusiones, de los rostros de rabia, de los momentos de desesperanza, la zona Tandachiriduwasi habían logrado su objetivo: oficialmente habían sido aceptados como miembros del Consejo Regional Indígena del Cauca; y ahora, junto a 139 cabildos filiales y las doce Asociaciones de Cabildos eran parte de la principal organización indígena del país.

nakuna, La Leona, Aguaditas y Wasipanga que no hacen parte de la Asociación ni pertenecen al CRIC. De estos, el primero en hacer parte del CRIC fue el de Guayuyaco a mediados de la década de los ochenta, haciendo presencia en congresos y juntas directivas, pero ante el cambio de directivos locales esta relación no continuó, además, porque los cabildos de la región tenían relaciones más estrechas con la organización regional del Putumayo por su cercanía geográfica. Los cuatro cabildos vinculados al CRIC son los que fueron creados en esta última década y lo hicieron al lado de la organización de Santa Rosa o ya tenían alguna vinculación como el caso de los nasa y los embera, comentan directivos de la zona Tandachiriduwasi.

Dirigentes como Gentil Quinayás, quien en varias ocasiones fue gobernador; Gilberto Chicangana, María Elena Quinayás, Ovidio Pizares, Libio Chicangana, de Santa Marta; así como Héctor Fabián Garreta, de Mandiyaco; Sinforoso Chindoy, de Richarikuna; Nelson Botina, de Descanse; Iván Chindoy, de Tandarido, Luz Ayda Muchavisoy, de Sumayuyay, entre tantos otros, empezaron en firme esa tarea y fue así que en el XV Congreso celebrado en junio del 2017 en el resguardo de Rioblanco, Sotará, solicitaron oficialmente su ingreso al CRIC. Su propuesta fue aprobada unánimemente por las autoridades participantes, por lo que el congreso definió que en un lapso de seis meses se revisarían los detalles para oficializar el ingreso, así como la designación de un consejero para esa zona. Sin embargo, pasaron dos años y, aunque hubo una junta directiva ampliada para el cambio de consejería, no se cumplió con el compromiso.


Mientras tanto, la Asociación nombró una nueva directiva y algunos consejeros hicieron exi-

Departamento del Cauca



Bota Caucana (Amazonia)

La zona Tandachiriduwasi, conocida también como la Zona 10 del CRIC, está conformada por 12 comunidades indígenas de los pueblos Inga, Yanakona, Embera Chamí y Nasa que habitan en la Bota Caucana. En este mismo territorio, habitan también 7 comunidades del pueblo Ingas que no pertenecen al CRIC.

- | | | |
|--|--|---|
| <ul style="list-style-type: none">  R. Inga San José de Descansé  C. Inga de San Carlos  C. Inga de Tandarido  C. Inga de Richarikuna  R. Inga de Mandiyaco  R. Inga de Sumayuyay  C. Inga de Cauca Papungo  C. Inga Bajo Suspisacha | <ul style="list-style-type: none">  R. Inga San Joaquina  R. Inga La Floresta o La España  R. Inga Guayuyaco  R. Inga San Miguel  R. Inga San Antonio del Fragua  R. Inga San Rafael  R. Inga Las Brisas | <ul style="list-style-type: none">  C. Yanakona de Descanse  R. Yanakona de Santa Marta  C. Embera Chami Ebidaras  C. Nasa Alto Suspisacha  Carreteras actuales |
|--|--|---|



Espacio de encuentro comunitario en la Zona 10
Foto de: Autonomías territoriales 2da temporada, 2020.

“ Pese a las dificultades presentadas a lo largo de estos años, Cristóbal Bahos mira optimista hacia la serranía de los Churumbelos para agradecer al CRIC por el apoyo dado.”

gencias para ingresar al CRIC, como la de tener censos de población, estudios socioeconómicos planes de vida de los resguardos, un plan de vida de la Asociación, su legalización y hasta el perfil de quien debía ser designado como consejero. Todos los requisitos se habían cumplido y en la Asociación Tandachiriduwasi se preguntaban si a todas las asociaciones le habían pedido toda esa documentación para ingresar a la organización.

Pasaron cuatro años y solo fue en agosto del 2021, en el XVI Congreso realizado en territorio de Mosoco, en el municipio de Páez, donde se retornó con la petición de ingreso al CRIC. Allí, el Cabildo Mayor yanakona aseguró que eso no era posible

por cuanto dos de los cabildos de la Asociación, o de la Zona Diez, pertenecían formalmente al Cabildo Mayor del pueblo yanakona, y que para hacer parte de dicha zona tendrían que retirarse del Cabildo Mayor. Los comuneros de la Bota Caucana interpretaron esta respuesta como una petición a “dejar de ser yanakonas”, por lo que no estaban dispuestos a renunciar. Preguntaron entonces los dirigentes de Tandachiriduwasi por qué les colocaban esa condición, cuando había otras zonas que tenían hasta cinco pueblos indígenas diferentes. Hubo momentos de tensión, ingas y yanakonas, al igual que nasas y emberas, conversaron al interior del recinto con cara de disgusto.

Las autoridades de la Asociación de Cabildos de Santa Rosa y Piamonte se reunieron de forma rápida y Cristobal Bahos tomó la vocería por los resguardos yanakonas de Santa Marta y Descanse, manifestando que ellos se retiraban de esa solicitud colectiva para que se aceptara con los restantes cabildos. Así se solucionó el problema, los congresistas aprobaron esa determinación y de inmediato la Zona Diez presentó su Consejero: Héctor Fabián Garreta, del pueblo inga, reconocido por su trabajo organizativo como gobernador, como gestor de la Asociación de Cabildos y como sabedor espiritual.



Los aplausos no se hicieron esperar. Por fin, después de las discusiones, de los rostros de rabia, de los momentos de desesperanza, la zona Tandachiriduwasí habían logrado su objetivo: oficialmente habían sido aceptados como miembros del Consejo Regional Indígena del Cauca; y ahora, junto a 139 cabildos filiales y las doce Asociaciones de Cabildos eran parte de la principal organización indígena del país.

Hoy las cosas siguen su marcha, las comunidades siguen en su trabajo organizativo y esa etapa desafortunada ha quedado atrás. Al recordar lo ocurrido, Gilberto Chicangana nos dice:

“se pensaba en la posibilidad de organizarnos con el pueblo inga, también con las comunidades del pueblo embera y nasa, pero se sigue trabajando con este proceso. A las autoridades del pueblo yanakona siempre se les ha dicho que por pertenecer u organizarnos acá en la media Bota Caucana no vamos dejar de ser yanakonas y tampoco vamos a olvidarnos de los principios yanakonas”.

Entre tanto, Cristóbal Bahos apunta que de la hermandad entre Mandiyaco y Santa Marta, ar-

ticulando pensamiento, unidad y organización, empezaron a sumarse otras comunidades y otros pueblos para constituir la Asociación de Cabildos Indígenas de Santa Rosa Cauca –ACINISCA–, la Asociación de Cabildos Indígenas del municipio de Santa Rosa Cauca –ACIMSCA– y, posteriormente, la Asociación de Cabildos Indígenas de los municipios de Santa Rosa y Piamonte, Cauca, –ACIMSCAP–, logrando un impacto positivo, trabajando unidos con la comunidad bajo los principios de respeto, tolerancia y perdón.

“Entendemos que no es fácil, que hay diferencias, que cada pueblo tiene su manera de pensar, pero concluimos que como no tenían en cuenta nuestros derechos, conversamos en la tulpá por medio del remedio. Los docentes fueron piezas claves para poder organizarnos. Así fuimos sumando mandatos de asociación con doce autoridades para hoy contar con la zona Tandachiriduwasí”.

Pese a las dificultades presentadas a lo largo de estos años, Cristóbal Bahos mira optimista hacia la serranía de los Churumbelos para agradecer al CRIC por el apoyo dado: “hoy tenemos nuestro representante y estaremos en pie trabajando y apoyando el proceso”.

A photograph of an elderly woman sitting in front of a traditional mud-brick house. The house has a wooden lattice facade and is surrounded by logs and a yellow plastic bag. The woman is wearing a blue and white striped dress and a white hat. The title 'Dejar huellas en el camino' is overlaid on the right side of the image.

Dejar huellas en el camino

Por: Yan Carlos Romero Mancilla
Pueblo negro, norte del Cauca

Descanso de mayora en territorio del
pueblo negro, norte del Cauca.
Foto de: William López, 2021



Soy Yan Carlos Romero Mancilla, un hombre negro oriundo del municipio de Guachené, Cauca, hijo de Melba María Mancilla y Silvio Romero. Estudié Licenciatura en Ciencias Sociales. Como activista, investigador independiente, educador y aficionado a la poesía y las letras, entre mis objetivos está revindicar el legado africano y combatir el racismo y todas las formas de discriminación. Motivado por estos intereses me aventuré a escribir y reflexionar en torno a las manifestaciones del racismo. Los casos son extensos.

Anderson Arboleda, un joven negro de diecinueve años, oriundo de Puerto Tejada, Cauca, recibió un bolillazo a manos de un policía blanco que le rompió el cráneo. El golpe le generó la muerte cerebral. El asesinato de Anderson se dio el 19 de mayo del 2020, cinco días antes de la muerte del afroamericano George Floyd, también a manos de la policía.

Mario, rapero y productor musical, habitante del barrio Taller en el oriente de Cali, ha visto cómo se tiñe el suelo de rojo con la sangre de sus amigos de infancia, atrapados en una guerra que no tiene patas, ni cabeza, ni nada. La vida de los jóvenes está limitada al barrio, o a ciertos sectores del mismo. De atreverse a cruzar otras zonas pueden perder la vida a manos de bandas o grupos rivales. No hay mucho que hacer para granjearse una vida distinta, son rehenes de la desesperación.

Maira, joven escritora y estudiante de Sociología de la Universidad del Valle, nació el 16 de marzo del año 2000. Su madre sintió las contracciones, llegó al hospital de Palmira, donde no fue atendida, así que se dirigió al centro de salud del barrio Amaime. La negligencia médica también se hizo presente en tal centro; no recibió la ayuda que precisaba. En ese lugar le atacaron las ganas de orinar y, en el baño, vio cómo entre sus piernas se descolgaba la cabeza de Maira. Allí nació, en el baño del puesto de salud. El caso de esta mujer ilustra la violencia obstétrica que viven muchas mujeres en Colombia. Infortunadamente son escasos los datos que



Resistencia, lucha y resiliencia en los procesos organizativos del pueblo negro. Foto de: Cristian Hernández, 2021.

revelen los impactos en las mujeres negras empobrecidas, pero sin duda forman parte del grupo más afectado junto a las mujeres indígenas.

¿Qué parecido tienen estas tres historias? La respuesta es simple: están atravesadas por el racismo estructural, que ha condenado a negros e indígenas a la muerte, la pobreza y el desprecio.

Según la publicación “La Pobreza en Colombia” de la Revista Semana, los departamentos más empobrecidos a diciembre del 2020 son: Chocó, Guajira y Cauca. ¡Qué curioso!, justo los departamentos con el mayor porcentaje de personas afrodescendientes e indígenas.

Las voces de denuncia, lucha y resistencia que reclaman una vida digna no se han hecho esperar ni han parado. Inundan el espacio y junto a las notas del tambor, la marimba y el guasá, se han quedado ancladas en el aire, negándose a morir, a no ser escuchadas. Pero las denuncias son como boomerangs, regresan a quienes las han lanzado. Al emprender acciones que buscan ampliar la ciudadanía y hablar de racismo e inequidad social, las personas negras son acusadas de resentidas, de vivir en el pasado y de hablar de un racismo ya superado. Hay quienes van más lejos y afirman que los afrodescendientes son los verdaderos racistas, en otras palabras, quienes crean división y no permiten vivir en sociedad.

Mantener los privilegios es lo importante, significa no reconocer que el racismo sigue latente; se pasea por calles y plazas, centros comerciales

y conjuntos residenciales, abraza cuanto existe, habita en los corazones de la gente, sobre todo la que se autodenomina “gente de bien”. Y no, no es sorpresa para quienes tienen el color de la tierra fértil que el racismo sigue vivo en el siglo XXI, porque no se destruye, solo se transforma. Lo que pasó con la vicepresidenta, Francia Márquez, primera mujer negra en ocupar ese puesto en la historia de Colombia, es un nítido ejemplo. Durante su candidatura recibió cientos de ataques racistas, desde ser comparada con King Kong hasta ser tildada de guerrillera. Mucha gente ha cuestionado su experiencia política y capacidad para estar en el puesto, pero ¡a ver!, mujeres blancas como la saliente vicepresidenta, Martha Lucía Ramírez, no recibieron tantos cuestionamientos.

Nada de esto sorprende. En el pasado y en el presente, mujeres y hombres afrodescendientes y militantes del Movimiento Negro han tenido que remar a contra corriente en el río turbio y caudaloso que representa la estructura racista blanca colombiana, dispuesta a aniquilar lo distinto. Sin embargo, aquí se lucha por principios elementales, como el ser reconocidos como humanos y el respeto por la vida y el territorio.

En el largo camino de re-existencia social ha habido muchos tipos de líderes y lideresas, conocidos y anónimos, al igual que diversos movi-

mientos. En ese terreno, el liderazgo es crucial. A propósito, Claudia Mosquera, profesora del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Colombia, señaló que no es posible encontrar un solo tipo de líder. No hay uno que sea mejor, cada quien tiene su campo. Pero para la maestra Mosquera, el líder afrodescendiente es quien tiene una conciencia muy desarrollada de su papel histórico, entiende la lucha por la ciudadanía que se ha emprendido desde hace siglos y comprende los efectos de la esclavización. Está dispuesto a que las personas negras alcancen vidas dignas, derechos culturales y colectivos y entiende que esto es un proceso colectivo, no un tema personal.

Lastimosamente, muchos líderes y lideresas afros han terminado instrumentalizando la lucha para su conveniencia y han convertido las reivindicaciones de todo un pueblo en un tema personal para conseguir beneficios económicos, materiales y sociales. Los pueblos no ven mayores mejoras de sus condiciones de vida, de ahí que sea imperioso la creación de nuevos liderazgos que sean sinceros.

También estamos delante de un campo repleto de egos. Mayra Fernanda, militante de la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca –ACONC–, mira con preocupación cómo creemos tener verdades absolutas y desconocemos los aportes de otras personas.

“ Pero las denuncias son como boomerangs, regresan a quienes las han lanzado. Al emprender acciones que buscan ampliar la ciudadanía y hablar de racismo e inequidad social, las personas negras son acusadas de resentidas, de vivir en el pasado y de hablar de un racismo ya superado.”

“ Las organizaciones sociales afrodescendientes mixtas no solo tienen el reto de ceder espacios, reconocer la centralidad de las mujeres negras dentro de la lucha, y dejar de proteger a los agresores (sobre todo sexuales) de mujeres al interior del mismo movimiento.”

Además, se pone por encima la formación académica. Ciertas personas opinan que ir a la academia es suficiente para liderar los espacios, de ahí que se menosprecie la experiencia.

Las mujeres negras son quienes se llevan la peor parte de la ecuación. El patriarcado ha echado raíces profundas. Los hombres no están dispuestos a renunciar a los privilegios, siempre son los protagonistas, las caras visibles en las organizaciones. Los libros de historia que referencian personajes afrodescendientes están repletos de nombres masculinos. Poco o nada se sabe de la trayectoria de las mujeres, a quienes se les relega (en muchos casos) a funciones menores, o poco resaltan la gran tarea que adelantan. Las mujeres negras, más que nadie, son Ananse, la araña; un personaje principal de las leyendas del África Occidental, pues ellas son tejedoras de vida, médicas ancestrales, sabedoras y cantadoras, transmisoras de la cultura y los valores. Como dice un Proverbio africano: “si las mujeres bajaran los brazos, el cielo se caería”.


Las organizaciones sociales afrodescendientes mixtas no solo tienen el reto de ceder espacios, reconocer la centralidad de las mujeres negras

dentro de la lucha, y dejar de proteger a los agresores (sobre todo sexuales) de mujeres al interior del mismo movimiento, sino también de lograr un trabajo desinteresado y articulado con otras organizaciones sociales. La integrante de la Escuela Sociopolítica de la Asociación Casa Cultural El Chontaduro (Cali), Natalia Salazar, dice que los líderes debemos romper las lógicas patriarcales, la transfobia, el sexismo, la homofobia, pero también la cuestión clientelar, la politiquería, además del individualismo, para ir construyendo liderazgos democráticos más equitativos y que se reconozca la importancia de todas las personas al interior de las organizaciones.

El mayor de los retos que tienen los liderazgos afros y de otras militancias en un país como Colombia es preservar la vida. Construir murallas ante quienes insisten en arrancar las raíces de la existencia, al tiempo que siembran semillas de resistencia. Las lideresas y líderes deben heredar las luchas a los renacientes, con amor, fuerza y desinterés. Dejar huellas en el camino y crear unidad. En últimas, manda el Proverbio: “Cuando la manada está unida el león se acuesta con hambre”.

Poética

Al igual que José Saramago “escribo porque no me gusta el mundo donde estoy viviendo”. La poesía, mi poesía es el bálsamo con el que curo mis heridas, deseo y creo un mundo distinto. Esas palabras o historias, como decía el nigeriano Chinua Achebe, pueden ser usadas para dar poder y humanizar. Mis letras persiguen recuperar esa dignidad rota de los de abajo, sobre todo de las hijas e hijos de África.



De viajes y trayectos por los
procesos organizativos del pueblo
negro, norte del Cauca.
Foto de: William López, 2021.

Re-existir

Trataron de cortarnos la lengua,
poblarla de silencios y encadenar
los cuerpos para que olvidaran la libertad.

Los dioses africanos fueron crucificados,
mientras el látigo del blanco
intentaba domesticar las almas negras.

Sobre las mentes se vertieron ideas color nieve,
las venas de carbón fueron apuñaladas.
La ceiba, el árbol sagrado de los africanos, fue cortado.

Pero la fuerza no nos abandonó,
echó raíces profundas.
Y hoy el sonido del tambor inunda el aire
y los cuerpos se vuelven olas.
La sangre es un río bravo que se desborda.
Sobre las cabezas alumbra el sol trayendo la primavera
al tiempo que un bosque de ceibas florece.

Los dioses y los muertos derribaron la cruz.
Caminan a nuestro lado.
Llenan de rebeldía el alma
y sin miedos ni ataduras los puños se elevan al cielo.
Y las voces de las ancestras, los ancestros,
resuena en nuestra memoria...



En minga para unir esfuerzos por los procesos organizativos. Foto: Equipo de comunicaciones Minga 2020

Stella Ramírez Pejendino

1953-2022

“Hay mucha gente que quiere contar cosas, que quiere compartir sus trabajos, sus conocimientos y sus preguntas ¿cómo podemos darles espacio a todas esas ganas de compartir?” Esto nos dijo cuando conversamos por última vez con la compañera Stella, pocos días antes de partir al espacio espiritual. Hablábamos acerca de la revista Unidad Alvaro Ulcué y del libro compilatorio que saldrá próximamente. Ella guardaba con amor intenso, las primeras publicaciones de la organización, las primeras voces, las primeras palabras que se abrieron paso entre el fuego, la represión, la discriminación y el odio. Toda esa memoria escrita, audiovisual y oral que reposa en el centro de documentación es su legado. Hay mujeres que viven un poco más allá de lo que la vida se ha inventado, sin dudarle ella es una.

Equipo Editorial

Revista Unidad Alvaro Ulcué

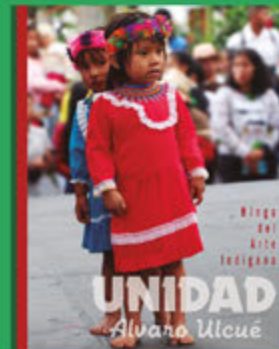
Nuestras ediciones



Primera Edición - 2017



Segunda Edición - 2017



Tercera Edición - 2018



Cuarta Edición - 2019

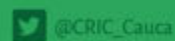
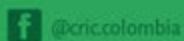


Quinta Edición - 2020



Sexta Edición - 2021

CONSEJO REGIONAL INDÍGENA DEL CAUCA
PROGRAMA DE COMUNICACIONES





MERCADO Minga

¡Súmate esta gran Minga y compra los mejores productos!

Iniciativas de los distintos territorios indígenas,
resultado de nuestras luchas por la economía propia.

Estamos ubicados en la Carrera 4#2-01 Barrio Vasquez Cobo, Popayán.



@PEACRIC



@ProgramaEconomicoAmbiental



www.mercadominga.com.co